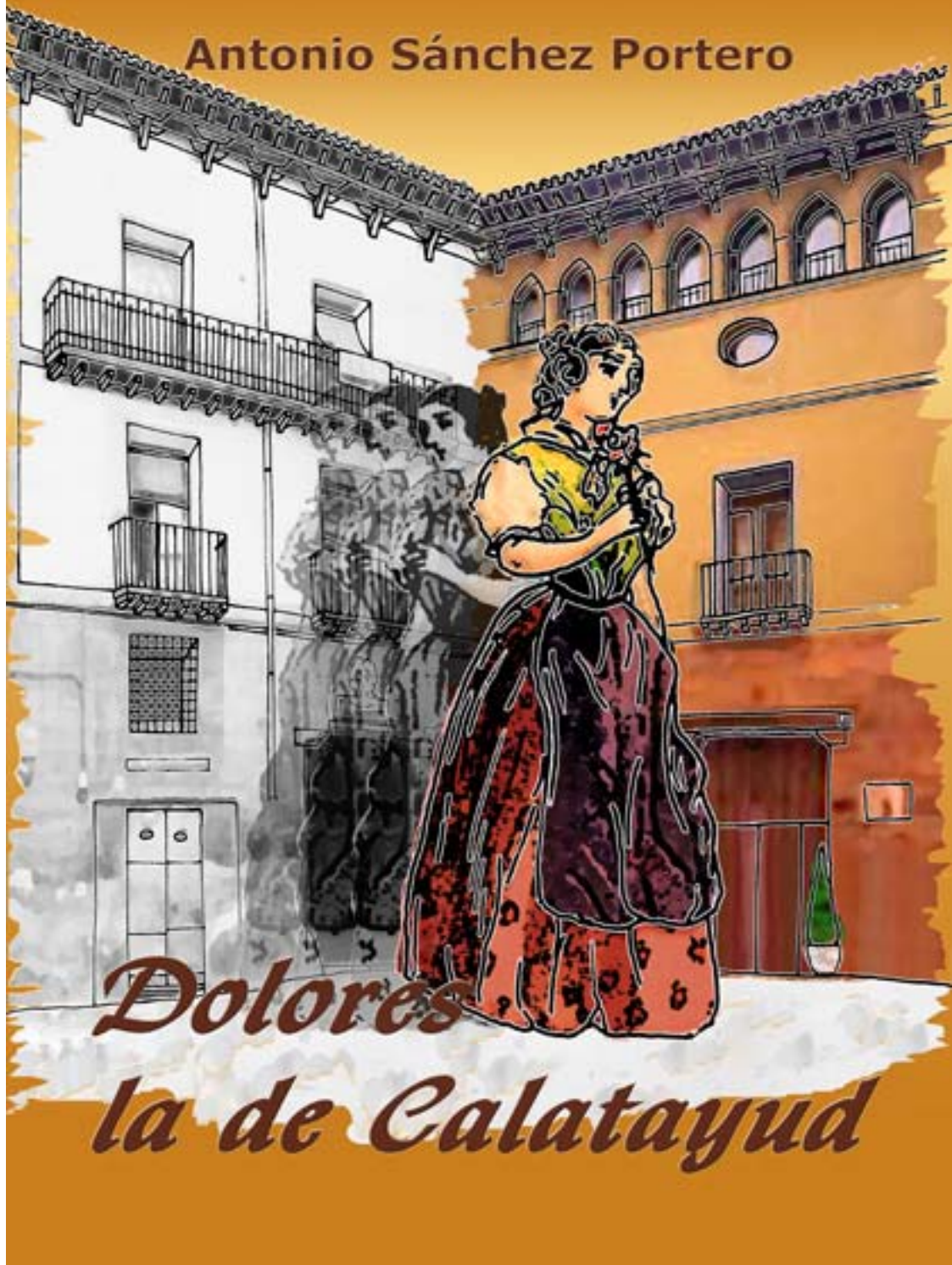


Antonio Sánchez Portero



*Dolores
la de Calatayud*

DOLORES, LA DE CALATA YUD



ANTONIO SÁNCHEZ PORTERO

**DOLORES,
LA DE CALATAYUD**

DRAMA

**EN
CUATRO ACTOS**

**Y
TRECE CUADROS**

—2007—

**Este drama se estrenó en el
TEATRO CAPITOL de Calatayud,
el día 27 de enero de 2007.
Y en el
CENTRO CULTURAL CAI de Zaragoza,
el día 2 y 3 de febrero de 2007.**

© Antonio Sánchez Portero
© Alberto José Sánchez Gracia, de la portada.

Reservados todos los derechos. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A mi padre,
Antonio Sánchez López,
muy buen actor aficionado,
entusiasta y amante del Teatro,
que me ha legado una colección de
varios miles de obras dramáticas
y, quizás, el germen que me ha
empujado a crear ésta.

DOLORES, LA DE CALATAYUD, obra dramática en la que se escenifica la apasionante vida de Dolores Peinador Narvi6n, que confluye y se funde con la Leyenda de la Dolores.

La acci3n se desarrolla en varias 6pocas:

En Madrid, en el Palacio de los Marqueses de Altamira, donde vivi3 y falleci3 Dolores (acto primero).

En la casa natal de Dolores, en la plaza de San Torcuato, de Calatayud (acto segundo).

En el patio y dependencias de la “Posada de San Ant3n” (que es el nombre con el que se conoca el actual Mes3n de la Dolores, donde se encuentra hospedada Dolores Peinador (acto tercero).

De nuevo en Madrid, en el Palacio de los Marqueses de Altamira, hasta pocos d3as antes de su fallecimiento, acaecido en 1894 (acto cuarto).

En esta obra se establece una conexi3n veros3mil, convincente y directa entre Dolores Peinador, el Mes3n, y la Leyenda de la Dolores.

REPARTO

Por orden de aparición

BERNARDA.— Amiga íntima de Dolores, unos 65 años de edad.

TOMASA, sirvienta, dos años mayor que Dolores.

MARÍA VICTORINA O'Donell y Vargas, Marquesa de Altamira, señora madura, muy elegante.

JUAN Ferrer, caballero de unos 70 años.

EDUARDO Beltrán, más joven que el anterior. Que sean completamente diferentes en el aspecto, fisonomía y porte.

JUEZ Municipal, Don Jesús Arranz, 40 años.

SECRETARIO, Don Crispulo Castillejo, 50 años.

DOLORES Peinador Narvi6n, en Calatayud unos 32 a6os; y en Madrid, unos 73.

ESTEBAN Tovar, esposo de Dolores, unos 37 a6os.

ANACLETO Vic6n, procurador, 40 a6os.

DON BLAS Peinador, padre de Dolores, unos 64 a6os.

DO6A MARÍA, amiga de la madre de Dolores, se6ora distinguida, de unos sesenta a6os.

ROQUE, Síndico de Vegas, 55 años.

SATURIO, carretero, 50 años.

CLIENTE.

SIRVIENTA, moza de mesón, joven y lozana.

ISIDORO, Comisionado del Gobierno, redicho, elegante, lechuguino, aire de capital, 40 y 78 años.

LEOCADIA, joven, guapa, llamativa, 34 años.

Una misma actriz podría desempeñar los papeles de SIRVIENTA y de LEOCADIA.

Unos mismos actores, convenientemente caracterizados, según la situación, podrían desempeñar varios papeles. Por ejemplo: JUAN y CLIENTE; EDUARDO y ANACLETO; SATURIO Y SECRETARIO, o cualquier otra combinación posible que pudiera establecerse.

Parroquianos, arrieros y mozos de mesón.

La acción se desarrolla en Madrid y en Calatayud, en varias épocas, que se indican en el lugar oportuno, donde también se especifican las aclaraciones pertinentes.

ACTO PRIMERO

ACTO PRIMERO

En Madrid, en agosto de 1894, por la mañana. Salón principal del piso bajo del Palacio de los Marqueses de Altamira, en la calle Flor Alta, 8. Al fondo, dos balcones, y en medio de ellos, un cuadro de gran tamaño con la Fuente de la Cibeles, o con algún edificio emblemático de Madrid. A la izquierda una puerta practicable que da al pasillo, dependencias del piso y salida. A la derecha, puerta practicable que da a la habitación donde se encuentra de cuerpo presente Dolores Peinador, que falleció la tarde-noche del día anterior. Los muebles necesarios para el desarrollo de la acción: sofá, varias sillas, una mesa baja de centro, un armario vitrina (para llenar la escena), jarrón con flores, algún cuadro en las paredes (para animar la escena) y una mesa escritorio en un lateral. Antes de que se alce el telón, suenan los compases de alguna zarzuela famosa o chotis, estrenado por aquellos años, que se identifique inmediatamente y sin lugar a dudas con Madrid.

(Los decorados, salvo alguna mesa y sillas o algún otro mueble o elemento imprescindible, pueden ser virtuales, contenidos en un CD y proyectados sobre una pantalla o sobre el fondo del escenario.)

CUADRO PRIMERO

BERNARDA, amiga íntima de Dolores, avisada por la sirvienta de ésta, se hace cargo de la situación y atiende la casa. Con expresión pesarosa y pensativa, se encuentra sentada, descansando. Mira hacia la habitación donde se encuentra Dolores, a su izquierda, y suspira. Al cabo de unos segundos, suena la campanilla de la puerta de entrada. Bernarda, sin levantarse, se reaviva y mira hacia su derecha. Se abre la puerta y una sirvienta, Tomasa, da paso a una señora.

TOMASA.— Doña Bernarda, que viene la señora Marquesa de Altamira, doña María Victorina O'Donell y Vargas.

Se retira Tomasa.

MARÍA VICTORINA. — Buenos días.

BERNARDA.— Buenos días, señora Marquesa. ¡Qué honor esta visita!

MARÍA VICTORINA.— Es una visita de cortesía, por si puedo ayudar en algo. Soy la propietaria de este Palacio, y me he enterado de que ha fallecido la inquilina, doña Dolores. Sé que estaba sola. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

BERNARDA.— Soy una amiga de Dolores, que en paz descansa. Antes de mudarse aquí, vivíamos juntas en la calle Jardines, con Esteban, el hijo de la señora y un huésped. Pero, siéntese, por favor. (*Le indica el sofá.*)

MARIA VICTORINA.— ¿Y el hijo?

BERNARDA.— Murió. Ha tenido muy mala suerte Dolores. O se le han muerto los hijos o la han aban-

donado, lo mismo que sus parientes. Con lo buena que era con todos. Últimamente se encontraba muy decaída y quiso cambiar de aires. Por eso se mudó aquí. Prefería vivir sola.

MARÍA VICTORINA.— (*Con retintín pero con delicadeza.*) Hasta mis oídos ha llegado la fama de Dolores, y no era precisamente un ejemplo...

BERNARDA.— ¡Ay!, si supiera la señora Marquesa. Era la mujer más buena del mundo. Con un corazón..., y con una inmensa capacidad de hacer el bien, de amar... Nada era suyo, lo daba todo. A veces a cambio de bien poca cosa.

MARÍA VICTORINA.— A tenido que ser (*rectificando*), ha sido, sin duda, una mujer excepcional. De no tomar en consideración esta circunstancia, con la fama que tenía, no sé si cierta o inventada, porque siempre se exagera, no hubiera consentido que se le alquilara la vivienda.

BERNARDA.— Así es, señora. Ha sufrido mucho en su larga vida y es digna del mayor respeto y consideración.

MARÍA VICTORINA.— ¿Podría verla?

BERNARDA.— No faltaría más, señora Marquesa. (*Se levanta y le indica la puerta de la habitación donde Dolores se encuentra de cuerpo presente.*) Si es tan amable. Por aquí. (*La Marquesa esta sentada, alejada de la puerta. Se levanta. Sueña la campanilla de la puerta de la escalera. Se dirige a la puerta del cuarto de Dolores.*) Pase. Perdona un momento, que voy a ver quien viene y en seguida la acompaño.

Entra la Marquesa en la habitación. Bernarda se dirige hacia la otra puerta. Cuando está cerca de ella, aparece la sirvienta.

TOMASA.— Doña Bernarda, que han venido don Juan Ferrer y don Eduardo Beltrán.

BERNARDA.— Pásalos a la salita y que esperen, que en cuanto pueda los atenderé.

Sale la sirvienta. Bernarda se dirige a la habitación de Dolores y entra. Durante unos diez segundos queda la escena vacía. Sale de la habitación la Marquesa, quien desde el umbral comienza su parlamento.

MARÍA VICTORINA.— ¡Qué maravilla de mujer! Está preciosa. Es la mujer más guapa que he conocido en mi vida.

BERNARDA.— Si la hubiese visto tan sólo hace unos pocos años...

MARÍA VICTORINA.— Estaba cerca de llegar a los setenta, ¿no?

BERNARDA.— Había cumplido los setenta y tres, en el mes de mayo.

MARÍA VICTORINA.— (*Con asombro.*) ¿Setenta y tres? No salgo de mi asombro. De verdad que su belleza es excepcional.

BERNARDA.— Era muy presumida. Tenía a gala decir que en su juventud llamaba la atención por donde iba. Era la admiración de su pueblo, de Calatayud, y de todos los alrededores. Quizás en ella hayan podido su belleza y su bondad más que la razón.

MARÍA VICTORINA.— Me marchó ya. Lo dicho, si en algo puedo ser útil. Si me es posible, me gustaría asistir al entierro. ¿Cuándo será?

BERNARDA.— No lo sabemos todavía. Estamos esperando al señor juez y, según lo que disponga, tendremos que hablar con el párroco de San Martín. Ya le

hemos comunicado el fallecimiento, y lo más seguro es que el funeral se celebre esta tarde, a última hora.

MARÍA VICTORINA.— Enviaré a un propio para enterarme.

Bernarda acompaña a la salida a doña María Victorina. Cuando está junto a la puerta, llama a la sirvienta, Tomasa, que acude al instante.

BERNARDA.— Acompaña a la señora Marquesa. *(Con reverencia.)* Adiós, señora Marquesa. Gracias por la visita. *(Queda unos instantes sola Bernarda, mirando hacia la habitación de Dolores y haciendo algún gesto de afecto. Aparece la sirvienta.)* Diles a los señores que pueden pasar.

Se retira la sirvienta y a los pocos instantes abre la puerta y se retira para que pasen don Juan Ferrer y don Eduardo Beltrán.

JUAN.— *(Con familiaridad.)* Buenos días, Bernarda.

EDUARDO.— Buenas.

BERNARDA.— Hola, Juan. Buenos días, caballeros. Pasen. *(Apea el protocolo.)* Pasad, pasad y tomad asiento. Es ya la hora y no creo que tarde el señor juez.

Se sientan todos.

JUAN.— ¡Pobre Dolores! Ahora que parece que comenzaba a recobrar la tranquilidad.

BERNARDA.— Aunque intentaba olvidarlo, sufría mucho por el abandono de sus hijos, y le llenaba de amargura no conocer a sus nietos. La muerte de su hijo Esteban, todavía muy joven, aunque todos lo son, fue la puntilla que ha acabado con su vida.

JUAN.— Yo lo he sentido mucho. Éramos muy, muy amigos. *(Por el tono da a entender que la relación era muy íntima.)* Como de la familia. Mi relación con ella era muy antigua. La conocía desde hace más de treinta

años. Al poco de venir de Calatayud y de instalarse definitivamente en Madrid, cuando vivía en la calle Cruz Verde y tuvo a Casilda Enriqueta. Últimamente, desde que se mudó a vivir aquí, dejé de visitarla.

EDUARDO.— Pues yo, como seguramente sepa Bernarda, somos vecinos, vivimos pared con pared. Anteayer me la encontré al principio de la calle, en la esquina de la Gran Vía. Era una gran señora. ¡Qué distinción, qué mirada, qué andares...! Estaba guapísima y parecía mucho más joven. Nos saludamos y conversamos un rato, como acostumbábamos. Por eso me extrañé cuando su sirvienta llamó tan alterada a mi puerta. Serían más de las nueve de la noche. Me dijo que su señora se encontraba muy mal y que si hacía el favor de avisar al médico. Estaba muy preocupada y no sabía qué hacer.

JUAN.— Debí ser muy mal trago para la sirvienta. Y para todo tenía. Porque Dolores falleció en seguida, apenas llegado el médico. Menos mal que le dio a usted mi dirección y vino a buscarme. Llegué sin tiempo de ver con vida a mi amiga. Algo raro debió apreciar el doctor porque comunicó que tenía que dar aviso al Juzgado. Si no hubiera sido por usted, don Eduardo, no sé lo que hubiéramos hecho.

EDUARDO.— Cualquiera en mi lugar habría actuado de la misma manera. No me costó nada ir a buscarle (*Señalándolo.*) y dejarle recado al párroco, y esta mañana comunicarle que han notificado del Juzgado que vendría el juez y necesitaría testigos. Doña Dolores se lo merece.

BERNARDA.— Gracias de corazón en su nombre y en el mío, que era su mejor amiga (*Suena la campanilla de la puerta.*) En hablando del Rey de Roma... (*Levantándose y dirigiéndose hacia la puerta.*) Debe ser el señor juez. Un momento, voy a recibirlo. (*Sale de la habitación. Unos segundos después entra y se aparta a un lado para que pasen el juez y su secretario, quienes se dirigen al centro del salón. Se levantan don Juan y don Eduardo.*)

BERNARDA.— El señor juez y su secretario (*Señalándolos y dirigiéndose a don Juan y a don Eduardo.*) Don Juan y don Eduardo. (*Presentándolos al juez y al secretario.*)

EDUARDO.— Buenos días, señor juez, y la compañía.

JUAN.— Muy buenos días.

JUEZ.— (*Con cierta sequedad.*) Buenos días caballeros. (*Y dirigiéndose a Bernarda.*) Deseo ver a la finada.

BERNARDA.— Por aquí, señor juez. (*Lo encamina hacia la puerta de la habitación y se aparta para que entren el juez y el secretario. Ella entra detrás. En escena quedan Eduardo y Juan.*)

EDUARDO.— No sé qué querrá saber. Yo poco puedo informarle.

JUAN.— Yo algo sé, pues en muchas ocasiones me habló Dolores de su vida. Quien mejor puede estar informada es Bernarda, ya que compartieron la vivienda durante muchos años.

EDUARDO.— ¿Usted cree que son normales los vómitos y los espasmos que tuvo antes de morir?

JUAN.— Pudo tomar algo que no le sentó bien.

EDUARDO.— ¿Hasta el punto de provocarle la muerte?

No contesta don Juan, porque aparecen el juez, el secretario y detrás Bernarda.

JUEZ.— Procedamos, que no disponemos de mucho tiempo.

BERNARDA.— Por favor, pueden sentarse.

(Se sientan todos, menos el juez, y el secretario.)

JUEZ.— *(A su secretario.)* Crispulo, puedes acomodarte para tomar nota.

SECRETARIO.— *(Se sienta y se acomoda en la mesa escritorio, que se encuentra en un lateral, y de una cartera ancha saca un tintero, una pluma, papel secante y se dispone a escribir.)* Cuando disponga el señor juez.

JUEZ.— Vamos a ver. La finada se llama.

JUAN.— Doña Dolores Peinador Narvi6n.

JUEZ.— ¿D6nde haba nacido?

JUAN.— Era natural de Calatayud, provincia de Zaragoza.

JUEZ.— Y su estado civil ¿cuál era?

BERNARDA.— Era viuda de don Esteban Tovar.

JUEZ.— ¿Y podrían decirme cuándo haba nacido o, al menos, su edad?

JUAN.— Pues no lo sé, pero tendría...

BERNARDA.— Tampoco sé la fecha de su nacimiento, creo que fue en el mes de mayo, y tenía setenta y tres años.

JUEZ.— Toma nota, Crispulo.

SECRETARIO.— Sí, señor juez.

JUEZ.— Bueno, vamos a ver. ¿Quiénes eran sus padres?

BERNARDA.— Su padre era don Blas Peinador, del Reino de Galicia, pero no recuerdo de donde.

JUAN.— Seguro que era gallego, y no estoy seguro, pero me suena que del Ferrol.

JUEZ.— Bien, bien, ¿y su madre?

BERNARDA.— Doña Delfina Narvi3n, de Zaragoza.

JUEZ.— ¿Saben si deja descendencia?

JUAN.— Que yo sepa no.

BERNARDA.— Pues... (*Dudando un instante.*) No, se3or juez, no ha dejado a nadie.

JUEZ.— ¿Tienen alguna noticia de si ha hecho testamento?

BERNARDA.— Yo no lo s3e.

JUAN.— Yo tampoco tengo conocimiento.

EDUARDO.— Ni yo, que s3lo la conoc3a porque 3ramos vecinos.

JUEZ.— Bueno, se3ores, Por 3ltimo, ¿hay algo que sea de inter3s y puedan a3adir a esta declaraci3n para que conste en el acta? (*Pasea la mirada por los concurrentes. Eduardo dice "no" con la cabeza.*)

JUAN.— Por mi parte, nada que a3adir.

BERNARDA.— No, se3or juez.

JUEZ.— En este caso, (*dirigi3ndose al secretario*) ¿est3 preparada? (*Asiente el secretario.*) El secretario va a leerles el acta y, si es correcta, se proceder3 a que la firmen ustedes.

Se levanta el secretario con una hoja en la mano, se coloca en el centro de la escena, dirigi3ndose a los actores, pero de cara a los espectadores, carraspea, y comienza a leer:

SECRETARIO.— “En la villa y corte de Madrid a las once y media de la mañana del día doce de agosto de mil ochocientos noventa y cuatro, ante el señor don Jesús Arranz y Fernandez (*Señala al juez.*), Juez Municipal del distrito de la Universidad y de don Crispulo Castillejo y Felipe, secretario del mismo –un servidor–, se procedió a extender la inscripción de la defunción de D^a. Dolores Peinador Narvi3n, natural de Calatayud, provincia de Zaragoza, de setenta y tres a3os de edad, viuda, domiciliada en la calle de la Flor Alta, n3mero 8 piso bajo; ha fallecido en su domicilio a las diez y media del d3a de ayer a consecuencia de una lesi3n cr3nica del aparato digestivo, seg3n certificaci3n del m3dico Don Vicente Berrio.

Esta inscripci3n se verifica en virtud de dicha certificaci3n y de las diligencias instruidas al efecto en este Juzgado por las que dicho Se3or Juez dispuso se extendiera este acta consign3ndose en ella las circunstancias siguientes:

Que la finada era hija leg3tima de Blas Peinador, natural del Ferrol, provincia de Coru3a, y de Delfina Narvi3n, natural de Zaragoza, difuntos.

Que era de estado viuda de Esteban Tovar, no dejando hijo alguno.

Que no ha otorgado testamento.

Y que a su cad3ver se dar3 sepultura en el Cementerio de la Almudena.

Presenciaron esta inscripci3n, como testigos, Juan Ferrer Delgado, domiciliado en la calle del Pez n3mero once; y Eduardo Beltr3n, domiciliado en la de la finada y mayores de edad.”

El juez se acerca a su secretario y le coge el acta.

JUEZ.— Gracias, Crispulo. (*Se dirige a la mesa escritorio y estampa su firma en el acta, después de mojar la pluma en el tintero.*) Por favor, don Eduardo, quiere firmar aquí. (*Se acerca don Eduardo y firma.*) Ahora usted, don Juan. (*Le señala el lugar en el acta. Al terminar de firmar se retira, lo mismo que antes don Eduardo. Se acerca el secretario y firma él. Seca la tinta y comienza a recoger papeles y el recado de escribir y lo guarda todo en su cartera. Mientras tanto el juez se ha dirigido al centro de la escena.*)

JUEZ.— Nosotros ya hemos terminado. (*Da un paso hacia don Juan y don Eduardo y alarga la mano. Éstos se le acercan.*) Caballeros, agradezco su colaboración.

JUAN.— (*Estrechándole la mano.*) Que usted lo pase bien, señoría.

EDUARDO.— (*Estrechándole la mano.*) Vaya usted con Dios, señor juez.

El juez se despide de Bernarda con una ligera inclinación de cabeza.

BERNARDA.— Lo acompaño, señor juez.

Hacen mutis Bernarda, el juez y el secretario.

JUAN.— (*Dirigiéndose a Eduardo.*) Nos va a tocar echarle una mano a Bernarda.

EDUARDO.— Antes de ir a buscarle a usted, he estado en la iglesia de San Martín y el párroco, a expensas de las instrucciones del juez, tiene dispuesto el funeral para las seis de la tarde, cuando se suavice la temperatura. Supongo que el Juzgado se pondrá en contacto con él.

JUAN.— Por si acaso, sería mejor avisarle.

EDUARDO.— No estaría de más. Yo puedo encargarme de esa gestión.

JUAN.— Por mi parte, no tengo inconveniente en acompañarlo. A ver qué dice doña Bernarda.

Entra Bernarda.

BERNARDA.— Habrá que avisar al párroco.

EDUARDO.— Ya hemos pensado en ello, y nos encargaremos nosotros.

BERNARDA.— También es preciso ir a la funeraria.

JUAN.— Iremos nosotros. Por Dolores, lo que haga falta.

BERNARDA.— Muchas cosas será necesario hacer, porque nos encontramos con un grave problema.

JUAN.— ¿Un problema?

BERNARDA.— ¡A ver! Dolores, que ha poseído una fortuna cuantiosa, heredada de su madre, ya no tiene ahora dinero para pagar su entierro.

JUAN.— (*Con asombro*) ¿Pero qué dices, Bernarda?

BERNARDA.— La verdad. Se mostraba muy dadivosa con todos. Ya lo sabes, Juan. No podía ver una necesidad a su alrededor, le faltaba tiempo para intentar remediarla. Y, últimamente, la arruinó la enfermedad de su hijo. Una tras otra fue vendiendo las alhajas que tenía, algunas muy valiosas, y aunque cobraba una pensión aceptable, los gastos eran muchos. Poco menos que se ha quedado con lo puesto.

JUAN.— (*Aparte.*) Por el especial afecto que le tenía y lo mucho que ha significado para mí, es necesario que haga algo. (*Y con voz normal.*) Dolores se merece un entierro digno. Yo me encargo de los gastos que se ocasionen.

BERNARDA.— (*Con tono de ruego y de y exigencia.*)
A mí me gustaría contribuir. Como yo era su mejor amiga, pagaré lo que cueste la iglesia.

EDUARDO.— Yo también puedo hacer algo. Soy funcionario del Ayuntamiento y tengo amistad con el encargado del Cementerio. Le pediré el favor de que le proporcione una tumba de caridad digna de esta mujer excepcional.

BERNARDA.— Muy bien, es lo mejor que podemos hacer. Que Dios la tenga en su gloria.

JUAN.— Nos vamos, que hay mucho que resolver.

BERNARDA.— Voy a llamar a la sirvienta, para que os acompañe. Yo me quedo con Dolores.

EDUARDO.— No es necesario que la llame, conocemos la salida.

JUAN.— Volveremos en cuanto sepamos algo. Hasta luego, Bernarda.

Hacen mutis don Eduardo y don Juan. Se dirige Bernarda hacia la habitación de Dolores. Se detiene. Vuelve sobre sus pasos y coge un jarrón con flores de la época (agosto) para entrar con él en la habitación. Cuando se acerca a la puerta, dice, con los ojos llorosos:

BERNARDA.— ¡Descansa en paz, Dolores! Que bien te lo mereces.

TELÓN

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

ACTO SEGUNDO

Calatayud. Salón principal de la casa natal de Dolores Peinador, En la plaza de San Torcuato. Mismo decorado que en el acto anterior, pero retirando el cuadro de la Cibeles y tapando el balcón de la derecha del espectador con un cuadro con la torre de la colegiata de Santa María (que en realidad, asomándose a dicho balcón, se vería). Se pueden usar los mismos muebles, añadiendo o quitando alguno, y modificando su posición (para que el escenario parezca diferente) y mejor convenga a la acción que se va a desarrollar ahora. Antes de que se alce el telón, sonará un fragmento de una zarzuela, estrenada hacia 1850 (fecha en la que tiene lugar la acción), que identifique, sin ninguna duda, a Aragón.

CUADRO SEGUNDO

De pie, junto a la puerta, DOLORES, 32 años; ESTEBAN TOVAR, 37 años; Y ANECLETO Vicén, uno de los abogados y procuradores que los atendieron.

DOLORES.— Yo les dejo, que tendrán que hablar de sus cosas.

ESTEBAN.— Por favor, Dolores, encárgate de que nos traigan un refresco.

DOLORES.— Hasta luego, don Anacleto, si me necesita, me llama.

ANACLETO.— Descuide, señora, que así lo haré.
(Dolores hace mutis.)

ANACLETO.— Entre tantas desgracias como acaecen, este año de mil ochocientos cincuenta, nos ha traído algo bueno: los sellos de Correos.

ESTEBAN.— Sin duda, es un gran avance, la correspondencia circulará con mayor rapidez y seguridad.

ANACLETO.— He comprado los primeros sellos y acabo de poner en la estafeta sendas cartas para Zaragoza y para Fuendetodos, el pueblo de Goya.

ESTEBAN.— ¿Qué tal marchan nuestros asuntos?

ANACLETO.— Muy bien, tenemos dominada la situación. Como la razón nos asiste, llevamos todas las de ganar en este pleito que, por cierto, se está dilatando en demasía.

ESTEBAN.— Hay que tener mucho cuidado con mi suegro, con don Blas, que a su condición de perro viejo une sus conocimientos como abogado y su experiencia de Juez de Primera Instancia.

ANACLETO.— Por este motivo se alargan tanto los pleitos, porque se conoce todas las triquiñuelas y siempre encuentra el camino para presentar recursos y alegaciones. Pero le vamos cerrando el camino y terminará imponiéndose la razón, que no es otra sino que la herencia de doña Delfina recaiga en sus hijos, que sois sus verdaderos poseedores.

ESTEBAN.— Supongo que al decir sus hijos, te referirás a mi esposa Dolores y a mí.

ANACLETO.— Por supuesto, que no me olvido que tanto Amalia y su marido Laureano Garay, como Ca-

siano, os vendieron la parte de herencia que les correspondía. Por cierto, ¿tenéis noticias de Casiano?, porque desde que se fugó del Presidio Correccional de Zaragoza, no se sabe nada de él y no se le pueden entregar notificaciones ni recoger su firma para efectuar diligencias.

ESTEBAN.— En este momento no sabemos por dónde andará. Pero hace unos meses se encontraba en Francia. Aunque ya le habíamos liquidado totalmente el importe de la parte de la herencia que nos vendió, nos pidió dinero. Y se lo hemos mandado, claro. Debe de estar pasándolo muy mal.

ANACLETO.— ¡Pobre muchacho!, desde que era un mozuelo no ha dejado de pisar reformatorios y cárceles, y creo que el principal culpable ha sido su padre, don Blas.

Suenan golpes en la puerta.

ESTEBAN.— Adelante.

TOMAS A.— Con permiso. (*Entra con una bandeja y en ella una jarra y dos vasos.*)

ESTEBAN.— Puedes dejarlo ahí, Tomasa. (*Señala a la mesa.*)

TOMAS A.— ¿Si no manda otra cosa el señor?

ESTEBAN.— Puedes retirarte. (*Tomasa, con una reverencia, hace mutis.*) ¿Te pongo un refresco? Es zarzaparrilla.

ANACLETO.— Bien, ponme un poco, por favor. En su última alegación, don Blas, reclama la mitad del coste que tuvieron los pleitos que entabló con el pariente de Dolores y sus hermanos para recuperar unos bienes que al morir la tía Margarita había dejado a su madre.

ESTEBAN.— Pero si ese pleito se ganó y las costas las pagó el contrario. Si no hubo gasto.

ANACLETO.— Pues lo reclama, y también, entre otras muchas cosas, la mitad de los gastos del entierro de su esposa, que se pagó con dinero de la difunta; y presenta unas cuentas que dejan chicas a las del Gran Capitán.

ESTEBAN.— Es increíble su avaricia. Durante los años que ha administrado los bienes de sus hijos, ha entrado a saco en la herencia, en beneficio de su otra familia. Y esto ha sucedido hasta que, al casarme con Dolores, hemos puesto freno a esta desvergüenza.

ANACLETO.— Él tiene mucha culpa, pero no es para echar en saco roto la que corresponde al administrador que nombró, al “benemérito canónigo don Joaquín Aguirre” (*lo entrecomillado, con sorna*), cuando don Blas dejó la alcaldía de Daroca para marcharse a desempeñar el cargo de Alcalde Mayor a Gerona.

ESTEBAN.— Es preciso que se dicte pronto la sentencia definitiva, porque, si bien es cierto que, aunque no debo hacerlo, puedo disponer de los bienes de la herencia aprehendidos a mi suegro, y de hecho he tenido que enajenar algunos, no es menos cierto que me gustaría disponer plenamente de ellos, porque estos juicios tan largos resultan muy costosos y mi economía no va bien.

ANACLETO.— Precisamente quiero hablarte de eso. Si no fuera necesario no te lo pediría. Pero como colega que eres, comprenderás que te ruegue un anticipo.

ESTEBAN.— Bien, tú dirás cuanto.

Poco antes ha ido oscureciéndose la escena hasta quedar sin luz al pronunciarse la última frase.

FIN DEL CUADRO

CUADRO TERCERO

Misma decoración que el cuadro anterior.

DON BLAS PEINADOR (60 años) y DOLORES, junto a la puerta.

DOLORES.— (*Con prevención.*) Pase, padre, y siéntese.

DON BLAS.— Tengo mucha prisa, voy a estar poco tiempo en Calatayud, pues debo regresar a Madrid en el Correo General.

DOLORES.— Pero hasta la madrugada no sale.

DON BLAS.— (*Con sequedad.*) Tengo que hacer muchas cosas.

DOLORES.— ¿Y qué le trae por aquí?

DON BLAS.— ¿Y tú, hija mía, me preguntas eso? Que así no podemos vivir, que tenemos que buscar el medio de reconciliarnos.

DOLORES.— Pero nosotros no tenemos la culpa. Debería haber hecho la partición de la herencia en su momento, y no obligarnos a que se la reclamáramos judicialmente.

DON BLAS.— No es tan fácil como lo pintas. Yo siempre he querido lo mejor para vosotros.

DOLORES.— ¿Sí, eh?, ¿y cuando nos abandonó en manos extrañas, poniéndonos de tutor a un cura que nos ha robado todo lo que ha podido?

DON BLAS.— (*Con firmeza.*) ¡No consiento que digas eso! No eres justa con él. ¿Ya no recuerdas cuando estabas embarazada y te abandonó Tovar, en lo más crudo del invierno, y viniste a Calatayud en busca de asilo y protección de tus parientes, y no habiéndote proporcionado ni lo uno ni lo otro, te acogió con bondad, (*con intención*) a mi cargo, este bondadoso sacerdote, del que despotricas?

DOLORES.— Fue una discusión pasajera, porque poseyendo usted todo lo nuestro nos negó auxilio, y se enfadó con usted Esteban y yo pagué las consecuencias.

DON BLAS.— Tenías que haberme hecho caso y no casarte con él. Sólo busca tu fortuna y tu perdición.

DOLORES.— ¡Vaya quién habló! Busca mi fortuna, ¿y usted, padre?

DON BLAS.— Debes saber que estaba dispuesto a distribuir la herencia a partes iguales entre tú y tus hermanos Amalia y Casiano, después de retirar el legado de cuarenta mil reales que me dejó tu madre, de las fincas que compré yo y de resarcirme de los gastos que he tenido, que no han sido pocos; pero cuando sin mi permiso te casaste en secreto “con el Tovar” (*en tono peyorativo*), cambié de planes, porque no estaba dispuesto a que este ganapán se apoderara de todo y lo malgastase, como está haciendo, sin importarle que los bienes están embargados y no puede disponer de ellos.

DOLORES.— Si hemos vendido alguno es porque de algo tenemos que vivir.

DON BLAS.— Que se busque tu marido un trabajo honrado.

DOLORES.— ¡Padre, que no estoy dispuesta a consentir que insulte a mi marido!

DON BLAS.— (*Resignado. Rectificando su actitud.*) Tienes razón, hija, lo hecho, hecho está. ¿Sabes algo de tu hermano?

DOLORES.— Sé que hace un par de meses estaba en Francia. Y nos pidió dinero. Siento mucho tener que decírselo, padre, pero él es el más perjudicado por su abandono.

DON BLAS.— ¡Y que todas las culpas sean para mí! Si no hubiera sido tan rebelde, tan cabezota y no hubiese tenido tan malas compañías...

DOLORES.— La principal causa de sus males es que no ha tenido padre, como ninguno de nosotros. Desde que se casó con Casimira nuestros males han ido de mal en peor.

DON BLAS.— Lo siento hija, si algo he hecho mal. Debes saber que me preocupo mucho por ti, por tu reputación, y sufro porque andas en lenguas.

DOLORES.— (*Molesta.*) Ese es un asunto personal y no tiene que preocuparle.

DON BLAS.— Pero, ¿cómo no voy a interesarme por una hija? Aunque no te lo creas, te quiero. Y siento todo lo que te pasa. Ya sabes a lo que me refiero. Tus relaciones con..., con... Esteban, ¿son buenas?

DOLORES.— (*Con sequedad.*) Mis relaciones son como tienen que ser. Y si no se le ocurre otra cosa, yo también tengo muchas obligaciones.

DON BLAS.— Dile a tu marido, si es posible, que cese en esos ataques tan furibundos, y que deberíamos reunirnos para buscar un acuerdo.

DOLORES.— Se lo diré, pero tal como están las cosas, veo muy difícil que podamos entendernos.

Se levanta pesaroso don Blas. También se levanta Dolores en actitud de salir del salón. Se quedan dubitativos, padre e hija, mirándose.

DON BLAS.— ¿Pero no vas a darle un beso a tu padre?

Se acerca Dolores con desgana y le da un frío beso en la mejilla, cuando ambos se encuentran cerca de la puerta. La escena que había comenzado a oscurecerse, se queda completamente a oscuras.

FIN DEL CUADRO

CUADRO CUARTO

Misma decoración que en el cuadro anterior.

DOLORES conversando con DOÑA MARÍA, una señora de unos 60 años, amiga de la madre de Dolores. Se encuentran sentadas en un sofá, con un servicio de té y pastas sobre la mesita baja del centro. Cuando se estime oportuno, toman pastas y beben.

DOÑA MARÍA.— Recuerdo mucho a tu madre, Dolores. Era mi mejor amiga. ¡Y qué guapa que era! Tú te pareces mucho a ella. El pelo lo tenía menos rubio que tú; pero los ojos, los mismos. Fue una lástima que nos dejara tan joven. Lloré mucho, porque la quería de verdad, ¿sabes?

DOLORES.— (*Dubitativa.*) Pues si le soy sincera, yo no me acuerdo de usted.

DOÑA MARÍA.— ¿Cómo vas a acordarte? Eras muy niña cuando os marchasteis a Daroca al nombrar a tu padre Alcalde Mayor. El día antes de vuestra partida, fui a despedirme, y te regalé una muñeca que te gustó mucho. Luego ya no volví a verte hasta dos años después, cuando acudí a Daroca al entierro de tu pobre madre; pero estabas tan afectada que no me reconociste, o al menos eso pensé, y no fuiste capaz de darme ni un beso.

DOLORES.— Ahora quiero recordar. Sí, sí, la muñeca. (*Se acerca a ella y le prodiga muestras de afecto.*) Todavía

la conservo. La tengo en mi casa de Madrid. Cuando estoy apenada, lo que me sucede con alguna frecuencia, me consuelo con ella. (*Repite las muestras de cariño.*)

DOÑA MARÍA.— (*Devolviéndole el afecto.*) Nuestras familias eran amigas y tu madre y yo nos conocimos en cuanto tuvimos uso de razón. Yo soy un año mayor que ella. Ahora tendría sesenta años. A pesar de esta diferencia, cuando yo tenía cinco, nos llevaron al colegio, al antiguo Monasterio de la Visitación de las Salesas, que no hacía muchos años que se había instalado en Calatayud. Fueron unos años muy felices. Casi todo el tiempo lo pasábamos juntas.

DOLORES.— Mi madre me hablaba de las Salesas, y quería que fuera a su colegio; pero al marcharnos a Daroca...

DOÑA MARÍA.— Yo seguí, porque mis padres estaban empeñados en que me metiera monja; pero tu madre dejó el colegio unos meses antes de casarse, cuando cumplió dieciocho años. Parecía mucho mayor para la edad que tenía. Se quedó huérfana siendo una niña y vivió en casa de tu bisabuelo que era notario y coronel de los Reales Ejércitos.

DOLORES.— Me agrada mucho que me recuerde estas cosas, porque mi madre no tuvo tiempo de contármelas.

DOÑA MARÍA.— Tu bisabuelo era muy severo; pero quería mucho a tu madre y no le negaba ningún capricho. Cuando le pedíamos que dejase venir a tu madre a mi casa a dormir, al principio le ponía pegas, mas terminaba dándole permiso. ¡Cómo lo pasábamos!

¡Horas y horas charlando! Sobre todo cuando empezaban los mozos a interesarse por nosotras. Y nosotras por ellos, no creas, que aunque educadas en un colegio de monjas, no teníamos complejos y nos gustaba divertirnos. Como éramos muy jóvenes, no nos llevaban a las fiestas de los mayores; pero organizábamos en casa bailes y nos gustaba mucho jugar con los primos.

DOLORES.— Tengo curiosidad por saber cómo se conocieron mis padres.

DOÑA MARÍA.— Fue una casualidad. Acompañaba tu madre a tu bisabuelo don Pedro por la calle y se acercó a saludarle un teniente, Blas Peinador, que había servido a sus órdenes, y desde ese momento, aunque casi le doblaba la edad, se enamoraron.

DOLORES.— Y a mi bisabuelo ¿qué le pareció?

DOÑA MARÍA.— Pues muy mal, más que nada por la diferencia de edad. Pero no hubo manera de quitárselo de la cabeza a tu madre. ¡Y es que era tan buen mozo! Nos tenía a todas sorbido el seso. Cuando iba vestido de militar, parecía un general. Y no era picarón, ni nada. Engatusó a tu madre y si no lo hubiera “pescado ella”, hubiese sido para cualquiera de nosotras.

DOLORES.— Y mis abuelos maternos ¿cómo eran? Apenas sé nada de ellos.

DOÑA MARÍA.— Tu abuela era una gran señora, imponía respeto. Venía de una familia de alcurnia. Y tu abuelo, Antonio Narvi6n, reclam6 su inclusi6n en la lista de Infanzones y fue agregado al estado de Nobles en mil ochocientos tres. Despu6s de morir tu abuela se hizo sacerdote y sirvi6 como secretario del obispo de Tarazona.

Pero al ser derrotados los franceses en la Guerra de la Independencia, quizás porque había colaborado con ellos, tuvo que marcharse a Francia y murió en el exilio. (*Pausa.*) Y tú, ¿qué tal marchan las relaciones con tu padre?

DOLORES.— De mal en peor. Desde que me casé andamos en juicios por la herencia de mi madre. Han pasado más de diez años y todavía no se han resuelto. Esperamos que pronto se dicte sentencia. Mientras tanto, lo estamos pasando mal, porque los abogados y los procuradores se nos comen por los pies y tenemos que vender bienes para ir tirando. A este paso, aunque la herencia es muy importante, y no hay ninguna duda de que nos corresponde, nos vamos a quedar en la ruina.

DOÑA MARÍA.— (*Con asombro.*) ¿Qué dices? ¿En la ruina? Cómo es posible...

DOLORES.— Aunque no se lo crea, doña María, así es, y gran parte de la culpa, por no decir toda, la tiene mi padre. Desde que se casó con mi madrastra, con doña Casimira, nos tenía abandonados y dispuso de nuestra herencia a su antojo, en beneficio de su nueva familia. Nunca encontraba el momento de repartirnos lo nuestro. Hasta que llegó mi marido, nos casamos, y comenzó la lucha. Ahora ya no podemos detenerla. Pero si le digo la verdad, si hubiera sabido lo que está pasando, aunque saliéramos perdiendo, porque la avaricia de mi padre no tiene límites, hubiéramos buscado y llegado a un acuerdo. Así no se puede vivir, siempre en permanente tensión. El dinero nos está transformando y amargando nuestras vidas.

DOÑA MARÍA.— ¡Cuánta razón tienes, Dolores! Ahora me explico el interés de don Blas para conseguir a tu madre. Por lo que dices, parece que buscaba su dinero. Bien ha sabido engañarnos a todos.

DOLORES.— A mi bisabuelo no lo engañó, por lo que me dice, aunque no sirvió de nada.

DOÑA MARÍA.— Otra cosa. Hay algo que me preocupa, y no debería decirte nada. Pero quería tanto a tu madre... y (*con firmeza y convicción*), a ti también te quiero. Te considero como si fueras una hija. Debes cuidar un poco lo que haces, porque la gente es muy mala y andan murmurando de ti. No puede ser verdad lo que dicen. Lo sé, estoy segura. Pero debes procurar no dar pie a las malas lenguas, hija mía. ¿Qué tal te llevas con Esteban?

DOLORES.— Pues si quiere que le diga la verdad, no todo lo bien que sería de desear. Al principio fue una bendición, pero conforme pasa el tiempo, los intereses, el odio que tiene a mi padre —del que me contagia, pero no olvido que es mi padre— y su afición al juego... ¡Ay...! La verdad es que no soy muy feliz. (*Exaltándose paulatinamente.*) Y a veces, cuando me siento sola y amargada, soy capaz... soy capaz de hacer cualquier locura.

DOÑA MARÍA.— (*Se acerca a Dolores solícita, prodigándole gestos de comprensión y de cariño.*) ¡Dolores, en plena juventud y cuanto te ha tocado ya sufrir! Puedes contar conmigo como si fuera tu madre. (*La acaricia y consuela.*)

Ha ido disminuyendo la iluminación del escenario hasta quedar a oscuras.

FIN DEL CUADRO

CUADRO QUINTO

Misma decoración que en el cuadro anterior. *DON BLAS, ESTEBAN Y DOLORES. Procuran guardar las formas y tener calma; pero se exaltan paulatinamente y terminan agresivos y hoscos.*

DON BLAS.— Como verás, cumplo lo que te prometí, Dolores. Apenas ha pasado un mes y aquí me tenéis. Vengo con la mejor voluntad. De una vez por siempre, en beneficio de todos, debemos ponernos de acuerdo y cesar en esta lucha que no nos lleva a ningún sitio.

DOLORES.— (*Conciliadora.*) Me alegra que haya venido, padre.

ESTEBAN.— (*Agresivo.*) ¿Y ahora sale con estas? Tiempo ha tenido de que pudiéramos llegar a entendernos; pero su avaricia y empecinamiento lo impiden.

DON BLAS.— Admito mi parte de culpa, mas nunca es tarde si hay buena predisposición.

ESTEBAN.— ¿Parte de culpa dice? La verdad habla por sí sola. Cuando falleció su esposa, desoyendo su voluntad y olvidando los sagrados deberes de padre, en vez de formalizar el correspondiente inventario, y proceder a la partición y adjudicación de los bienes entre sus hijos, se constituyó en dueño absoluto de ellos, ocasionándoles tantos perjuicios a los interesados, que la conciencia menos suspicaz se horrorizaría. Diez y seis años ha ejercido sobre las personas y bienes de sus hijos el cargo de tutor y todavía, en esta fecha, no han podido arrancarle las cuentas de su administración.

DON BLAS.— El que presente o no las cuentas es un asunto que carece de importancia; y si no las he presentado ha sido por causas independientes a mi voluntad. Y prometo hacerlo en cuanto pueda.

DOLORES.— Siempre con promesas y nunca las cumple.

ESTEBAN.— Lo que si cumple a raja tabla es defraudar a sus hijos en todo lo que puede.

DON BLAS.— (*Muy molesto.*) ¿Quién habla de defraudaciones? Conseguida la aprehensión te apoderaste de muebles, de sumas de dinero, de censos y rentas, y vendiste y empeñaste fincas, sin ningún respeto a que estaba a disposición del Juzgado, por la miserable situación a que te ha llevado tu despilfarrador modo de vivir, y no satisfecho tu orgullo con los atropellos causados a los intereses de tu suegro, has rebelado contra mí a mis hijos, causándome las más grandes amarguras que se pueden infligir a un padre.

ESTEBAN.— Lo que faltaba, que se pusiera sentimental.

DON BLAS.— Eres incorregible. No tienes corazón. Tú fuiste también el causante de que tu cuñada Amalia se saliera del Monasterio para aprovecharte del dinero que yo había pagado por adelantado para el pago de su pensión.

ESTEBAN.— (*Con energía.*) ¡Miente usted!

DON BLAS.— ¿Sí, eh? ¿Y también miento si te recuerdo que abandonaste a mi hija Dolores, “A tu mujer” (*con retintín*), cuando estaba embarazada, en lo más crudo del invierno? Se tuvo que ir a Calatayud a buscar el amparo de sus parientes. Y si no le encargo al canónigo don

Joaquín —de quien hablas pestes— que la socorriera y le facilitase los medios para que fuese a Madrid, y se instalase en casa de una señora viuda, donde dio a luz un niño que falleció a los pocos días, ¿qué hubiera sucedido? (*Mientras escucha Esteban, gesticula y acciona, no estando de acuerdo con lo que oye, pareciendo que va a cortar el discurso, pero sin decidirse.*) ¿Y no es cierto que me escribiste varias veces diciéndome que jamás te reunirías con tu mujer y que no querías pertenecer a su familia? Pronto lo olvidaste, atraído por el lamín del dinero, que es lo único que te importa y la meta de tu vida. ¿Digo bien, hija mía?

Dolores no lo niega; pero no termina de darle la razón a su padre. Se encuentra incómoda entre su padre y su marido, mirándolos alternativamente, según el curso de la conversación —que acompaña con ademanes y gestos— y sin tomar partido por ninguno en un momento determinado, pero, en definitiva, está con su marido y contra su padre. En general, da muestras de incomodidad y desasosiego.

ESTEBAN.— (*Atacando. Con rabia y con mala fe.*) ¡Usted, usted es quien ha perseguido la fortuna de doña Delfina! No existe ninguna duda de que es lo único que pretendía al casarse con ella, aportando al matrimonio sólo un despacho de teniente retirado a dispensas con doscientos reales de vellón mensuales.

Sube un peldaño el tono del enfrentamiento.

DON BLAS.— ¡Qué desfachatez! ¡Qué maldades y mentiras tengo que oír! Yo que venía en son de paz. Es cierto que cuando me casé estaba retirado del Servicio de Armas; pero estaba ya recibido de abogado de la Audiencia de Zaragoza. Y poco después, lo fui de los Reales Consejos, por consiguiente llevé también estos

títulos; es decir, una honrosa profesión con cuyo ejercicio podía proveer las necesidades de mi familia.

ESTEBAN.— Por mucha labia que derroche, no me engaña. Sus argumentos no son más que excusas.

DON BLAS.— (*Exacerbado, elevando el tono de voz. Dolores a la expectativa, temiendo un enfrentamiento físico.*) Aunque sólo hubiese llevado el despacho de retirado, siempre resulta que había llevado algo a mi matrimonio, que no había ido con las manos vacías, que no había presentado como único patrimonio, como tú, una vergonzosa licencia absoluta que conseguiste en el momento más encarnizado de la guerra con la facción carlista, y que bien se ve a las claras que te casaste clandestina y enteramente desnudo para vivir a expensas de tu mujer.

ESTEBAN.— (*Se defiende.*) ¡Bah!, eso son falsedades. ¿Si no hubiese sido por su rica y distinguida nueva familia, de qué va a conseguir los títulos de abogado y que lo designaran para cargos políticos?

DON BLAS.— (*Haciendo un esfuerzo inhumano para calmarse.*) No niego que algo me favoreció la situación privilegiada de la familia de mi mujer; pero insisto, si no tenía un gran patrimonio en fincas, lo tenía en mi arreglada conducta, en mi honradez y virtudes y en una profesión digna, y sobre todo (*recalcando las palabras*), no llevé vicios con los que disipar el patrimonio, como lo estás haciendo tú.

ESTEBAN.— (*Coreando en guasa. No tiene otra salida.*) ¡Muy bien, muy bien! Aquí tenemos al hombre perfecto. Y con este discurso se arregla todo. Lo cierto y lo capital es que cuando murió su esposa doña Delfina, se

apoderó de todos los muebles, de todas las alhajas, y de todo el dinero, que era considerable, y que por espacio de muchos años y después de haber perdido pronto la viudedad con su segundo matrimonio, se ha aprovechado durante muchos años de los cuantiosos productos de la misma herencia.

DON BLAS.— (*Interrumpe iracundo*) No es cierto. ¡Mentira!

ESTEBAN.— (*Continuando en el mismo tono del parlamento anterior.*) Así que ¿cómo pretende que se le conceda el legado de los cuarenta mil reales de vellón que, sí, es cierto, le legó su esposa en el testamento, pero que se los ha cobrado infinitamente con creces?

DON BLAS.— (*Tremendamente exaltado.*) ¡Mentira! ¡Mentira!

DOLORES.— (*Pidiéndole calma.*) ¡Padre!

ESTEBAN.— (*Rematando la faena. Comienza a ensombrecerse el escenario.*) No es posible que se libre su conciencia de los remordimientos que lo acompañarán hasta el sepulcro por las contradicciones y miserias a las que lo han arrastrado la avaricia y la perniciosa influencia de su segunda familia. (*Antes de finalizar la frase, don Blas intenta abalanzarse sobre Esteban con ánimo de agredirle. Se interpone Dolores. Debe darse mucho dramatismo a esta escena.*)

DON BLAS.— (*Visiblemente afectado y alterado. Al borde de que le dé un síncope.*) Esto es más de lo que una persona puede permitir: que usando como principal arma la mentira y el insulto, se me falte el respeto. (*Las últimas palabras resuenan con el escenario a oscuras.*)

FIN DEL CUADRO

CUADRO SEXTO

Misma decoración que en el cuadro anterior.

DOLORES.— No gano para disgustos. Estoy ya cansada de esta vida siempre en tensión.

ESTEBAN.— Nos toca enfrentarnos contra un pájaro de cuidado.

DOLORES.— No te pases, Esteban. Debes recordar que estás hablando de mi padre. El otro día estuviste muy duro con él.

ESTEBAN.— Otra cosa no se merece. ¿Has olvidado las amarguras que nos ha hecho y nos está haciendo pasar?

DOLORES.— No, pero tampoco puedo olvidar que es mi padre. Y al renegar de la vida que llevo, no es sólo por él. Debes de saber que tú no eres ajeno a mi malestar.

ESTEBAN.— (*Con sorpresa.*) ¡Yo!

DOLORES.— ¡Sí, tú!, con esa endemoniada afición que tienes por el juego. Si sigues así, nadie podrá librarnos del abismo de la ruina.

ESTEBAN.— No exageres, alguna vez me toca ganar.

Cuando va a responder Dolores con contundencia, suena la campanilla de la puerta e interrumpe su frase, cambiando de tema.

DOLORES.— Ganar qué... (*Suena la campanilla.*) Debe de ser el procurador. (*Se dirige hacia la puerta. Cuando está junto a ella Dolores, dirige la mirada hacia Esteban y hace un gesto como de fastidio y recriminación. Sale para abrir la puerta de la vivienda. En seguida vuelve a entrar en la sala.*)

DOLORES.— (*Apareciendo por la puerta y apartándose a un lado.*) Pase, don Anacleto.

ANACLETO.— (*Trae una cartera de documentos en la mano. Se comporta con la familiaridad entre colegas.*) Buenos días, Esteban, traigo buenas noticias.

ESTEBAN.— ¿De qué se trata?

DOLORES.— Me retiro, para que habléis de vuestros asuntos.

ESTEBAN.— Quédate, Dolores, por favor, te interesa tanto como a mí.

Dolores, que se dirigía hacia la salida, se vuelve y se coloca junto a Esteban.

ANACLETO.— Por fin el juez ha dictado sentencia, y nos es muy favorable.

ESTEBAN.— Pues sí que es una buena noticia. Todo llega en este mundo.

ANACLETO.— (*Se dirige a una mesa, apoya en ella la cartera y saca unos documentos. Con ellos en la mano se dirige al centro de la escena, junto a Esteban y Dolores, de cara al espectador.*) ¡Vamos a ver!

ESTEBAN.— Tengo mucha curiosidad por saber qué dice la sentencia.

ANACLETO.— Pues dice (*mirando los papeles que lleva en la mano*): El Tribunal de Apelación de la Audien-

cia de Zaragoza, en sentencia de Vista dictada con fecha (*mira los papeles*) de veintinueve de noviembre de mil ochocientos cincuenta, dice que de los bienes aprehensos, provenientes de la herencia de doña Manuela Delfina Narvi3n, corresponden a don Luis Peinador, el hermanastro de Dolores, la casa de la calle del Recuerdo que compr3 su padre y la puso a su nombre; y a don Blas Peinador, en pleno dominio, la finca de la Hoya de Hu3rmeda y los cuarenta mil reales en bienes sitios y censos que su esposa le dej3 en el testamento.

ESTEBAN.— (*Exaltado. Protestando.*) Es una barbaridad, es una injusticia. No hay derecho a que...

ANACLETO.— (*Interrumpi3ndolo.*) Calma, hombre. Que la sentencia no puede ser m3s beneficosa para vosotros, ya que el resto de los bienes, que como sabes superan el medio centenar, se te adjudican, Esteban, con la calidad de litigante, entendi3ndose que te corresponden los frutos producidos desde la provista y sin perjuicio de los derechos a la reclamaci3n de los legados especiales de vestidos y joyas.

ESTEBAN.— (*Sigue protestando. Alterado.*) Inadmisible. Se va a salir con la suya. Se va a quedar con las fincas que compr3 con nuestro dinero.

ANACLETO.— (*Intentando tranquilizarlo.*) Esteban, por favor, s3 juicioso. La sentencia no os puede ser m3s favorable, porque las fincas que se le conceden son una m3nima parte de las que reclama. Adem3s, la entrega de los cuarenta mil reales a tu suegro se supedita, est3 sujeta a la condici3n (*recalca estas palabras*) de no percibir

este legado hasta el resultado final del expediente de liquidación de cuentas.

ESTEBAN.— (*Algo más calmado y más conforme.*) ¿Y las costas del juicio?

ANACLETO.— La sentencia está dictada sin hacer especial condenación de costas.

DOLORES.— (*Con preocupación.*) Eso quiere decir que, en el mejor de los casos, tendremos que pagarlas a medias.

ANACLETO.— Así parece ser.

ESTEBAN.— (*Molesto y con retintín.*) Pues con tantos gastos como nos acarrea los dichosos pleitos, aunque la herencia es importante, vamos a quedarnos como el gallo de Morón.

DOLORES.— Lo que siento son los vestidos y, sobre todo, las joyas de mi madre. Ésas sí que no las veremos.

ANACLETO.— Es verdad, será difícil que las suelte, si es que obran en su poder. Y otra cosa, debéis estar preparados, no hay que descartar que presente una nueva apelación.

ESTEBAN.— (*Dirigiéndose a Dolores, con acritud.*) ¿Y aún lo defiendes?

FIN DEL CUADRO

Se ha quedado a oscuras el escenario para que puedan situarse los actores en escena en el siguiente.

CUADRO SÉPTIMO

Misma decoración que en el cuadro anterior.

TOMASA (34 años) y DOLORES (32)

Dolores mira por el balcón, pensativa. Tomasa, la sirvienta de confianza, quita el polvo a algún mueble. Junto a la pared hay una escoba, un cubo con agua y unos estropajos. Si conviene, en algún momento, al mover el cubo, puede derramarse un poco de agua, para dar motivo de recogerla con el estropajo o rodilla.

DOLORES.— *(Llamando.)* Tomasa...

TOMASA.— *(Se acerca a su lado presta.)* Mande.

DOLORES.— Te tengo dicho mil veces que me trates con más confianza, que somos de la misma edad y nos conocemos de toda la vida.

TOMASA.— Pero usted es mi señora.

DOLORES.— *(Dejándola por imposible.)* No tengo que decirte que las cosas no marchan muy bien en esta casa.

TOMASA.— No, señora, y bien que lo siento.

DOLORES.— En cuanto resolvamos unos asuntos y concretemos la venta de esta casa, que ya está apalabrada, nos marchamos definitivamente a Madrid.

TOMASA.— (*Con decisión y dándolo por hecho.*) Pues a Madrid nos iremos.

DOLORES.— De eso quería hablarte. Me duele en el alma, pero tengo que prescindir de tus servicios. No podemos pagarte el salario. Hace dos meses me vi obligada a despedir a tu compañera Mercedes.

TOMASA.— No, no y no. La señora no tiene que pagarme. Con que tenga un trozo de pan que llevarme a la boca y un rincón para descansar...

DOLORES.— (*Muy afectada, a punto de llorar.*) ¿Pero qué me dices, Tomasa?

TOMASA.— Pues lo que oye, señora. Que yo soy de casa y no me muevo de aquí a menos que me echen.

DOLORES.— (*Acercándose a ella y abrazándola cariñosamente*) Gracias, Tomasa. Algún día te lo podré pagar. (*Tomasa reanuda su tarea de limpieza.*) Me voy a ir con una pena, dejando aquí a mis hijos...

TOMASA.— (*Sin dejar de trajinar y así seguirá haciéndolo mientras conversa.*) No se preocupe, señora Dolores, que los deja en buenas manos.

DOLORES.— Eso ya lo sé, pero no puedo evitar que se me parta el corazón. Enrique, con sus nueve años, es un hombrecito; pero Amalia y Manuel son tan niños...

TOMASA.— No tanto, que ya tienen ocho y seis años.

DOLORES.— Me consuela que vendré a verlos con frecuencia y, en cuanto pueda, me los llevo conmigo a Madrid.

TOMASA.— No comprendo por qué al señor no le hacen gracia, siendo tan hermosos.

DOLORES.— ¡Ay!, si te contara, Tomasa. Cree que alguno no es suyo.

TOMASA.— Si no llevara la vida que lleva, y perdone la señora, por meterme donde no me llaman.

DOLORES.— No, Tomasa, tú misma lo has dicho hace un momento: eres de casa y podemos hablar de estas cosas, además, me desahogo, me reconforta.

TOMASA.— Ha cambiado mucho el señor.

DOLORES.— ¿Qué si ha cambiado? No lo sabes tú bien. Poco después de casarnos, nada más venir aquí, mi vida transcurría en una balsa de aceite. Era muy feliz. Aunque andábamos mal de dinero, por los pleitos con mi padre, nos fiaban e íbamos tirando. Qué te voy a contar que no sepas.

TOMASA.— (*Dejando la tarea y centrándose en la conversación.*) Recuerdo el bautizo de su hijo mayor, de Enriquito. ¡Vaya fiesta que organizamos!

DOLORES.— No era para menos. El padrino fue el Regidor de Calatayud y la madrina mi prima Marciala Catalina, que estaba soltera y nos queríamos mucho.

TOMASA.— Entonces el señor, era muy señor. (*Con entusiasmo exagerado.*) ¡Y qué guapo y qué elegante estaba —con perdón— cuando salía en las procesiones o acudía a las fiestas, mientras fue secretario del Ayuntamiento!

DOLORES.— ¡Ay!, no me lo recuerdes. Qué momentos más felices, que se alargaron unos cuantos años, hasta que nació Amalia. A partir de entonces, nuestras cosas marcharon de mal en peor, hasta el punto de que sólo pudimos encontrar madrina para bautizar a Manuel; y hace dos años, el padrino de la pobrecita Emilia Cruz, que en gloria esté, tuvo que ser su hermano Enrique. Y las habladurías que no paran.

TOMASA.— No se dé mal, y no haga caso de la gente. Le tienen envidia por ser tan guapa y tan señora.

DOLORES.— ¿Qué no me dé mal dices? No puedo salir a la calle. Me miran. Murmuran de mí. Voy en lenguas. Y con ser mucho, no tendría importancia; pero esa copla, esa copla, va a acabar conmigo.

TOMASA.— (*Quitándole importancia.*) Que no es para tanto, señora, que coplas se cantan muchas.

DOLORES.— Pero ninguna con la mala intención de ésta. (*Con inmensa rabia, con dolor.*) ¡La canta todo el mundo! ¡Y me acompaña donde quiera que vaya! (*Intentando sobreponerse.*) Pero dejemos esto. Creo que ya va siendo hora de que prepares la comida. No sé lo que encontrarás.

TOMASA.— Con su permiso, señora.

Tomasa, mirando con devoción a Dolores, recoge la escoba y el cubo y hace mutis. Dolores suspira, se pasea por la habitación, centra algún cuadro, recoloca algún objeto, mueve alguna silla, pensativa, preocupada y desasosegada, por fin, se dirige hacia el balcón y mira a través de él, sin dar la espalda a los espectadores.

DOLORES.— ¡Cuánto voy a echar de menos mi Calatayud! Esta placita, junto a la iglesia de San Tor-

cuato, donde me bajaba la tata para jugar con mis amigas, antes de marcharnos a Daroca. Y mi parroquia (*señalando hacia donde cae, hacia el lateral izquierdo de la boca del escenario*), San Juan el Real, donde me bautizaron. Pero sobre todo me encanta esta vista de la torre de Santa María, donde han bautizado y confirmado a mis hijos. ¡Cuánto me duele tener que dejar esta ciudad!, que podría ser tranquila y maravillosa si la gente fuese de otra manera. ¿O seré yo la culpable? ¡Dios mío, perdóname! ¡Ay!, si tuviera a mi madre, mi consuelo, mi amparo, mi salvación...

Dolores se queda en una posición estática, como implorando. Mientras se va oscureciendo el escenario, se oye cantar la copla:

Si vas a Calatayud
pregunta por la Dolores,
que es una chica muy guapa
y amiga de hacer favores.

Debe coincidir la última palabra de la copla con una oscuridad total del escenario.

TELÓN

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

ACTO TERCERO

La acción se desarrolla en Calatayud, en 1855, en el patio de la Posada de San Antón, representado por el doble arco original, recreado con la mayor sencillez posible, y que ocupará en el escenario la posición más adecuada para que se muevan los actores. Tendrá el patio varias comunicaciones con el interior y se accederá a él desde la calle. Varios clientes y arrieros sentados a una mesa, conversando y bebiendo vino. Una sirvienta deambula limpiando por el patio. Antes de levantarse el telón, suena un fragmento de zarzuela que identifique a Aragón.

En determinado momento, cruza la escena un arriero con una albarda. En otro, un criado con un carretillo con pacas de paja. Más adelante, un arriero cruza la escena. Que se vea movimiento. Sale alguien del interior a la calle, saludando en general, o especialmente a algún conocido.

Roque, síndico de vegas, conversa con el carretero Saturio, ambos de pie, en primer término.

CUADRO OCTAVO

ROQUE.— Tú no eres de aquí ¿verdad?

SATURIO.— Soy de Soria, y me llamo Saturio, para servirle.

ROQUE.— Yo soy Roque, el síndico de Vegas.
(*Se estrechan la mano.*) ¿Y qué te ha traído por aquí?

SATURIO.— Soy carretero, y he venido de Galicia con una partida de congrio curado, y me llevaré un cargamento de cuerdas de cáñamo.

ROQUE.— ¡Qué rico es el congrio! Le recordaré a mi mujer que tiene que comprar, que se nos ha acabado. Siempre tenemos en casa.

SATURIO.— En casa del herrero... Me canso de traer aquí esta mercancía y yo nunca lo he probado. Por lo que sé, sólo se consume aquí y en los pueblos de esta Comunidad.

ROQUE.— Es cierto, aunque también lo gastan en Zaragoza. Quizá esta costumbre provenga del trato especial que tenemos con los gallegos. Nosotros les proporcionamos cuerdas de cáñamo para sus barcos, y ellos nos secan y preparan el congrio. Tenemos el mejor cáñamo del mundo, tan bueno, por no decir mejor, que el que se produce en Rusia.

SATURIO.— ¡Hombre!, no exagere usted.

ROQUE.— No exagero nada. Si no fuera así, ¿por qué iba a tener el gobierno de Madrid aquí permanentemente un comisionado para comprar todo el cáñamo que se produce en la Comunidad? Precisamente estoy esperando al comisionado, a don Isidoro, para darle un recado.

SATURIO.— Yo creía que Calatayud era famoso por sus frutas, pues tengo entendido que surten de ellas a la Casa Real.

ROQUE.— Tienes razón. En la huerta de las Carmelitas se encuentra el peral que llamamos de Godoy, con motivo de que este señor llevó a su Majestad el Rey don Carlos IV, de feliz memoria, frutas de todas las provincias de España y estas peras destacaban por su hermosa vista y delicado gusto. Y también cultivamos un lino de gran calidad.

SATURIO.— Y teniendo un cáñamo y un lino tan buenos como dice y siendo Calatayud ciudad tan importante, que hasta fue capital de provincia, ¿cómo no hay fábricas que confeccionen tejidos de estos productos?

ROQUE.— ¡Ay, amigo! Eso es harina de otro costal. De industrias andamos muy mal, seguramente porque no les interesará a la nobleza y a los ricos. ¿Quiere tomar algo? Lo invito, hoy cumpla cincuenta y cinco años, nací con el siglo.

SATURIO.— Se agradece, pero ahora no me apetece tomar nada. Acaso más tarde.

CLIENTE.— (*Entrando en el patio del Mesón.*) ¡Buenos días nos dé Dios! (*Y mientras responden a su saludo, añade campechanamente y con complicidad.*) Si vas a Calatayu u u ud, pregunta por la Dolores e e es, que es una..

SIRVIENTA.— ¡Chist, calle! Que en cualquier momento puede llegar la señora, que se hospeda aquí. Vino ayer de Madrid con su marido. Se comenta que para hacer las escrituras de la venta de unas fincas.

ROQUE.— y que no es guapa ni nada la señora (*Bajando un poco la voz*) Pero qué mala suerte ha tenido con su marido.

CLIENTE.— ¡Bueno, bueno!, eso de suerte... Ella se lo ha buscado. Su padre se oponía, pero terminaron casándose.

ROQUE.— Eso dicen, que se casó en secreto en Zaragoza. Y será verdad, porque si no, a buena hora tocarían la herencia, porque don Blas no lleva camino de soltarla.

CLIENTE.— Todo el mundo sabe que han estado de juicios más de dos lustros, y creo que la fabulosa herencia de doña Delfina Manuela les ha llegado muy disminuida, porque se han gastado una fortuna en abogados y procuradores.

ROQUE.— Perdone que le contradiga. Les habrá llegado le herencia muy mermada; pero, por mi cargo, sé de buena muy tinta que, en estos momentos, don Esteban Tovar, el marido de doña Dolores, está entre los mayores contribuyentes de la ciudad, y esto quiere decir...

SIRVIENTA.— Los bienes de doña Delfina eran cuantiosos, sobre todo después de heredar de su hermana soltera. Lo sé muy bien por una prima, que servía en casa de su abuelo. ¡Toda una señora doña Delfina! Fue una tragedia que muriera tan joven. ¡Ay, si levantara la cabeza y viera el paso que lleva su hacienda y, sobre todo, si viera a su hija María Dolores, que era la niña de sus ojos!

CLIENTE.— Fue muy comentada su muerte, en Daroca, cuando su marido don Blas era el Alcalde Mayor. Fue una enfermedad terrible. Tan joven, tan guapa y tan señora. El entierro hizo época. Pero no le guardó luto mucho tiempo. En seguida volvió a casarse.

ROQUE.— Y dicen las malas lenguas que con esta boda comenzaron las desgracias. Cuando hay dinero por medio... Lo que tenía que haber hecho don Blas es preocuparse por sus hijos menores, y no dejarlos en manos ajenas, para ocuparse sólo de su nueva familia.

CLIENTE.— Si sólo fuera eso, olvidarse de sus hijos... Lo peor es que se fue apoderando poco a poco de la herencia. Y si no es porque la hija le ha salido respondona... Y no es eso lo peor, la honra de Dolores anda por ahí en lenguas...

ROQUE.— Eso es lo que dice la gente. Pero el caso es que vivió como una reina cuando volvió a Calatayud, después de la boda. Don Esteban, su marido, fue secretario del Ayuntamiento. Y a su primer hijo lo apadrinó el Regidor. Luego, no tardaron mucho en comenzar los líos y las habladurías y fueron perdiendo el prestigio que tenían.

CLIENTE.— Y fue por entonces cuando empezó a oírse la copla. ¿Quién se la habrá inventado?

SIRVIENTA.— Cualquiera sabe. Algún mal nacido. Era y es mucha mujer doña Dolores. ¡Qué ojos, qué pelo tan rubio, que porte tan altivo, qué distinción! (*Con envidia y devoción.*) Es la más guapa entre las guapas. ¡La admiración de todos! Los hombres no tienen más remedio que rendirse a sus pies.

CLIENTE.— Sí..., y como su marido no le hace mucho caso...

ROQUE.— (*Poniendo sensatez.*) No está bien que sin pruebas andemos murmurando. Cada uno es dueño de sus actos.

CLIENTE.— Tiene razón. No hay que dar pábulo a figuraciones. Además, que cada uno en su casa y Dios en la de todos (*Tras una levísima pausa, y después de mirar hacia donde se supone que está la puerta, añade*) ¡Cuidado!, que por ahí viene don Blas.

(*La sirvienta se acerca solícita y con especial reverencia a don Blas, un señor de unos 64 años que conserva la apostura y galanía que tenía cuando era joven.*)

DON BLAS.— Buenos días.

TODOS.— Muy buenos días tenga usted. (*Saludan todos los presentes de diferentes maneras.*)

DON BLAS.— (*Dirigiéndose a la sirvienta.*) Vengo a visitar a mi hija doña Dolores, que se hospeda aquí.

SIRVIENTA.— Así es, señor, pero ahora no está en su aposento. ¿Desea dejarle algún recado?

DON BLAS.— Sí, por favor, dile que ha preguntado por ella su padre, y que vendré a verla esta tarde, a primera hora. Gracias.

SIRVIENTA.— A usted, señor. (*Haciendo un cumplido.*)

Don Blas hace mutis con parsimonia y majestuosidad, seguido por la atención de los presentes, quienes ante su presencia se encontraban como cohibidos. Al salir don Blas, se cruza con don Isidoro, un distinguido señor, de unos 40 años, muy elegante, algo lechuguino, con marcado aire de capital. Se miran ambos con curiosidad, pero no se saludan, pasando uno del otro, mostrando altivez y afectación, como si fueran dos contrincantes enemistados.

ISIDORO.— (*Muy ceremonioso.*) Deseo a todos ustedes muy buenos días. (*Contestan de diversos modos los presentes. Se le aproxima don Roque.*)

ROQUE.— (*Alargándole la mano, que estrecha don Isidoro.*) Bien venido, don Isidoro.

ISIDORO.— Muchas gracias, buenos días.

ROQUE.— Según sus indicaciones, he mandado recado a todos los agricultores que cultivan cáñamo y he convocado una reunión para pasado mañana en la Casa Consistorial. Espero que acudan todos.

ISIDORO.— Muy bien. Muchas gracias, don Roque. (*Con curiosidad.*) ¿Tendría la bondad de decirme quien es ese señor con el que me he cruzado?

ROQUE.— (*Con deferencia y respeto.*) Es don Blas Peinador, abogado y juez de Primera Instancia cesante, y el padre de doña Dolores.

ISIDORO.— ¿Doña Dolores? No será la Dolores...

ROQUE.— Sí, ésa es, la de la copla.

ISIDORO.— Me gustaría conocerla. ¿Es tan real hembra como ponderan?

ROQUE.— Todo lo que se pueda imaginar se queda corto. Aunque debe de andar por los treinta y siete años, sigue produciendo admiración. Es más bien alta, rubia como la canela, sonrosada de piel, apretada de carnes (*hace la descripción embelesado*), azules los ojos, ondulado y abundante el cabello; pero más aún que su belleza atrae el señorío de su porte y más que su gentileza, la sugestión de la mirada.

ISIDORO.— Por lo que oigo es todo un monumento de mujer. Si lo que cuentan es cierto, debe de andar por ahí con unos y con otros, por culpa del marido, que no le hace mucho caso, enredado en el juego.

ROQUE.— Por decir, se dicen muchas cosas.

ISIDORO.— (*Interesado.*) ¿Pero es verdad eso de los favores?

ROQUE.— Pues la verdad, es que no puedo asegurarlo; pero cuando el río suena...

ISIDORO.— (*Insiste.*) Me gustaría conocerla.

ROQUE.— Pues no tardando mucho tendrá ocasión. Porque se encuentra hospedada aquí.

ISIDORO.— ¿Cómo es posible que una señora tan principal, y tan rica como dicen, se albergue en una posada?

CLIENTE.— (*Que ha seguido el diálogo anterior con interés y atención, como todos los presentes.*) Pues si supiera que tiene muchos parientes ricos e influyentes en la ciudad...

ISIDORO.— Entonces, ¿cómo es posible, me pregunto, con más fundamento?

CLIENTE.— Pues es muy sencillo. Por culpa de herencias y pleitos están enemistados. Ya viene de largo, cuando don Blas se casó con doña Delfina, que en gloria esté. Y también porque han vendido muchas propiedades, entre ellas la casa solariega donde vivían, en la plaza de San Torcuato.

ISIDORO.— Una curiosa historia. Y ahora la copla. Se va a hacer famosa esta Dolores

ROQUE.— Y que lo diga, don Isidoro.

ISIDORO.— ¿Y tiene familia?

ROQUE.— Le quedan tres hijos, dos varones y una hembra, que viven aquí, en Calatayud, al cuidado de una familia, a la que pasan una pensión. Dolores y su

marido residen en Madrid desde hace unos años, aunque vienen alguna vez para administrar el resto de sus bienes y, más bien, para venderlos.

CLIENTE.— (*Que está pendiente de la puerta y ve aparecer a Dolores.*) ¡Chis, que viene la señora!

Los presentes se ponen a hablar entre sí, disimulando. Aparece Dolores. Saluda ligeramente. Cruza al-tiva la escena, dirigiéndose a su aposento.

SIRVIENTA.— (*Servicial, atajando a Dolores antes de que desaparezca en el interior.*) Doña Dolores, ha preguntado su padre por usted. Ha dicho que volverá a la tarde. ¿Necesita algo la señora?

DOLORES.— Sí, por favor. Que me sirvan el almuerzo en la habitación.

Mientras hace mutis Dolores por el fondo, antes de que desaparezca, hablan Isidoro y Roque.

ISIDORO.— ¿Entonces me dice que la reunión es pasado mañana?

ROQUE.— Sí, señor, a las once.

TELÓN LENTO

FIN DEL CUADRO

CUADRO NOVENO

Misma decoración que en el cuadro anterior, pero se acotará con biombos “transparentes”, cuerdas tensadas, listones o iluminando, especialmente, un espacio que se convierte en la habitación de la posada donde se hospeda Dolores, en el que puede verse la cama, total o parcialmente, una mesilla de noche, una silla, el lavabo, su baúl, etcétera.

DON BLAS.— ¿Y Esteban?

DOLORES.— Cuando nos hemos despachado de la notaría, se ha marchado. Me ha dicho que a ver el estado de unas de unas fincas y de un cercado en Huérmeda. Y que almorzaría en casa de un rentero, y vendría más tarde.

DON BLAS.— Por un lado me gustaría hablar con él; pero casi mejor prefiero no hacerlo; porque es tal el odio que me tiene, que es imposible el entendimiento.

DOLORES.— No exagere, padre. Lo único que hace es pagarle con la misma moneda.

DON BLAS.— ¿Que exagero dices? ¿Pero no te das cuenta, hija mía, que sólo pretende tu dinero y que tú no le importas nada?

DOLORES.— No me tire de la lengua, padre, que lo que le importamos a usted yo y mis hermanos...

DON BLAS.— Me he desvivido por vuestra felicidad; pero también he tenido que atender otras obligaciones.

DOLORES.— ¿A costa de nuestro patrimonio, que si no se lo reclamamos, no llevaba camino de entregárnoslo?

DON BLAS.— ¡Qué cosas dices! Si no hubiese aparecido en tu vida Esteban, para amargarnos a todos, se hubiera resuelto satisfactoriamente el reparto de la herencia, y ahora formaríamos una familia unida y feliz.

DOLORES.— Permítame que no esté de acuerdo. Si no le reclamamos nuestros bienes judicialmente, estaríamos en las mismas, como hace quince años. ¿Qué es lo que le ha traído aquí, a hablar con nosotros?

DON BLAS.— No voy a discutir la sentencia del juez, aunque ha sido muy injusta conmigo. Ya dispongo de las fincas que me han correspondido; pero pido..., suplico, que me entreguéis sin demora, como se estipula en la sentencia de revista, los cuarenta mil reales que me dejó como legado tu madre, mi esposa.

DOLORES.— (*Con indignación, levantando ligeramente la voz.*) ¿Qué es lo que está diciendo? Vale más que no se encuentre aquí Esteban. Es cierto, lo dice la sentencia; pero pone como condición que antes debe procederse a la completa liquidación de las cuentas. Y que tenemos derecho al legado especial de los vestidos y joyas de mi madre. ¿Cuándo piensa entregar esas cuentas? ¿Y donde están esos vestidos y esas joyas que me corresponden y a los que no renuncio?

DON BLAS.— (*Alterado, se diría que muy desconcertado.*) Las cuentas se presentaron en su día y el saldo me favorece; pero para manifestar mi buena voluntad, renuncio a él. Los vestidos se quedaron en casa, vosotros sabréis qué ha sido de ellos. Y las joyas..., ¿de qué joyas me hablas?

DOLORES.— Veo que tiene mala memoria. Si llama vestidos a cuatro trapos sin valor... Y en cuanto a las joyas, recuerdo que llevaba mi madre un broche de brillantes, un collar de perlas, y tenía pendientes, anillos y otras muchas alhajas valiosas.

DON BLAS.— Pues si es verdad lo que dices, que lo dudo, no sé donde habrán ido a parar.

DOLORES.— Pues yo sí que lo sé, y mientras no aparezcan y me las devuelva, puede despedirse de los dos mil duros. Y le aconsejo que no se ponga al alcance de Esteban, que tiene muy malas pulgas.

DON BLAS.— ¡Cuánta ingratitud! Más dolor no se puede causar a un padre.

Se oscurece paulatinamente la escena hasta quedar completamente a oscuras.

FIN DEL CUADRO

CUADRO DÉCIMO

Misma decoración que el cuadro anterior. Dolores está preparando el baúl y los bolsos para ir de viaje. En la cama, sillas o donde interese, vestidos y pertenencias. Entra Esteban.

ESTEBAN.— Vengo de muy mal humor. He encontrado muy abandonadas las fincas. La caseta tiene medio tejado levantado y se están desmoronando las tapias. Si queremos venderlas a buen precio hay que reparar estos desperfectos.

DOLORES.— No sé si merecerá la pena hacer este gasto. Para terminar malvendiéndolas...

ESTEBAN.— Eso lo dirás tú. Esta mañana nos han dado muy buenos duros.

DOLORES.— Cada vez que vendemos algo, es como si me arrancaran un trozo de mi cuerpo.

ESTEBAN.— No exageres. Nos gusta vivir bien y necesitamos dinero.

DOLORES.— (*Con reproche.*) Pero tanto gastar y gastar, sin que entre por ningún sitio, a este paso vamos a la ruina total.

ESTEBAN.— ¿Y no cuentan las minutas que cobro como procurador?

DOLORES.— (*Escéptica.*) Son como los dineros del sacristán. (*Después de una ligera pausa, mientras mete algo en el baúl.*) Ha venido mi padre.

ESTEBAN.— ¿Tu padre por aquí? Yo lo hacía en Madrid.

DOLORES.— Lleva aquí varios días con procuradores y notarios. En cuanto se ha enterado que estábamos aquí ha venido a verme.

ESTEBAN.— ¿Y qué tripa se le ha roto?

DOLORES.— Te lo puedes figurar. Reclama el legado de los cuarenta mil reales.

ESTEBAN.— (*Alterándose.*) ¿Tendrá cuajo? ¿Y qué le has dicho?

DOLORES.— ¿Qué quieres que le diga? Que puede seguir esperando, mientras no cumpla con sus obligaciones, y estoy segura de que no lleva camino.

ESTEBAN.— Si me lo echo en cara...

DOLORES.— Se lo merece todo; pero una vez más te digo que no debes olvidar que es mi padre.

ESTEBAN.— No lo olvido, por eso me contengo. Me voy un rato al casino. Necesitaré dinero.

DOLORES.— (*Recelosa.*) ¿Y el que tenías?

ESTEBAN.— Se lo he dado al rentero para unos pagos que había pendientes y para los arreglos que le he encargado.

DOLORES.— ¡Buenos negocios hacemos! Tenemos unas fincas que sólo nos dan gastos y quebraderos de cabeza.

ESTEBAN.— (*A lo suyo.*) Necesitaré unos seiscientos duros.

DOLORES.— ¿Para qué los quieres?

ESTEBAN.— (*Con acritud y autoridad.*) Los necesito y basta. No tengo que dar explicaciones.

DOLORES.— (*Con reparos.*) No irás a jugar. Ya sabes...

ESTEBAN.— (*Con altanería.*) No voy a jugar. Y aunque fuera (*sigue con ira y reproche*), mejor que no ir a otras cosas, que me estoy cansando de las habladurías y de que me señalen con el dedo.

DOLORES.— (*Con reproche y como justificándose.*) Ya sabes que no es culpa mía. Si me prestaras la atención que merezco como esposa...

ESTEBAN.— (*Exasperado, con rabia y despecho.*) ¡Calla!, que no tienes medida, que eres insaciable, que tengo que dejarte por imposible. (*Agresivo, a punto de llegar a las manos. Dolores se encoge temerosa, se rinde. Saca de la faltriquera que lleva bajo el vestido dinero en metálico y, sin apenas contarlo, se lo entrega. Esteban lo toma con prepotencia.*) Pero te advierto que tengas cuidado, que todo tiene un límite y mi paciencia se está agotando.

DOLORES.— (*Con sumisión.*) ¿Vendrás a cenar?

ESTEBAN.— (*Con cierta dureza.*) No lo sé. (*Dulcificando la voz.*) Puede ser que sí.

DOLORES.— No tardes. Recuerda que esta noche de madrugada regresamos a Madrid.

Hace mutis Esteban. Mientras se marcha, cae lentamente el TELÓN.

FIN DEL TERCER ACTO

ACTO CUARTO

ACTO CUARTO

Salón principal de la calle Flor Alta. Misma decoración que en el primer acto, ahora en 1892. Suena un fragmento de zarzuela o música que se identifique con Madrid.

CUADRO UNDÉCIMO

DOLORES (73 años), BERNARDA (67) y LEOCADIA(34).

BERNARDA.— Ya ha pasado un año desde la muerte de tu hijo Esteban.

DOLORES.— El tiempo se escapa rápidamente. Pero no puedo olvidarme de él. Lo echo mucho de menos. Era tan cariñoso..., y el único que seguía a mi lado.

BERNARDA.— Sufrió mucho en los últimos meses. Mejor que Dios se acordara de él.

DOLORES.— En cuanto me faltó, se me hundió el mundo. Ya no podía vivir entre aquellas paredes. Necesitaba cambiar de aires.

BERNARDA.— Fue una suerte que conocieras al secretario de la señora marquesa de Altamira y te alquilara este piso bajo de su Palacio.

DOLORES.— Tuve mucha fortuna. El piso es hermoso y muy céntrico. Si te asomas al balcón ves la Gran Vía. Y el precio que me cobran es lo mejor: treinta pesetas mensuales, cinco menos que pagaba en la calle Jardines.

BERNARDA.— Ahora pagamos treinta y ocho. Nos han subido tres pesetas cuando te marchaste tú. ¿Y la señora Marquesa donde vive?

DOLORES.— Hace un par de años que se había mudado a la Ciudad Lineal. Pero contadme, ¿qué hacéis?

BERNARDA.— Pues lo de siempre, esperar, recibir visitas; y cuando estamos desocupadas, hacemos las tareas de casa, jugamos a las cartas, charlamos...

DOLORES.— Estás muy callada, Leocadia, ¿qué cuentas?

LEOCADIA.— (*Muy retraída.*) Nada, Dolores.

BERNARDA.— ¿Cómo que nada? Cuéntale que te pretende un buen mozo, un poco delanterillo, eso sí, y que quiere casarse contigo.

LEOCADIA.— Eso me dice, que quiere casarse conmigo; pero yo no me fío, empina mucho el codo y es muy aficionado a los naipes.

BERNARDA.— Eso sí que es cierto. No se puede negar.

DOLORES.— En ese caso, Leocadia, haces bien en no aceptar su proposición. Es justo que desees cambiar de... (*Iba a decir de "vida", pero tras un titubeo, añade:*)... de estado. Olvídalo. Es un buen consejo que te doy, yo, que tengo experiencia en estas cosas.

BERNARDA.— Te tocó pasar mucho con Esteban por su afición al juego, ¿no?

DOLORES.— Algo me tocó. Terminamos arruinados. Aunque era una buena persona, y yo lo quería. A veces era inaguantable por los celos, él, que no se preocupaba de mí, que me tenía abandonada, porque su único amor y su único objetivo era el juego.

BERNARDA.— Mucho has tenido que sufrir.

DOLORES.— No lo sabes tú bien. Hay algo que no te he contado y que me amargó la vida.

BERNARDA.— Me extraña, porque nunca has tenido secretos para mí.

DOLORES.— Pero esto sí, es una excepción. Me dolió mucho, me atormentó. Fue hace más de veinte años, algunos antes de que se muriera mi marido. Habíamos casi acabado con la herencia, y digo casi, porque las pocas rentas que nos quedaban las administraba yo; y continuamente me pedía un dinero que cada vez me resultaba más difícil reunir. Llegó un momento en que me negué, no quise mantener su vicio. Me amenazó con que me denunciaría. Y ya lo creo que lo hizo. En mi pueblo, en Calatayud. Puso una demanda contra mí por falta de integridad. Lo pasé muy mal. ¡Qué vergüenza!

BERNARDA.— ¿Pero cómo fue posible que hiciera eso?

DOLORES.— Ya lo creo, estaba dominado por las cartas. Luego se arrepintió. Y antes de morir me pidió perdón.

BERNARDA.—¿Y no sabes nada de tus hijos de Calatayud y de tu hija de Zaragoza?

DOLORES.— (*Con amargura.*) No sé nada. Como si no existiera para ellos. Alguna vez me llegan noticias de una amiga por correo. Mi nieto Antonio, el hijo mayor de Enrique, se ha casado. Tengo otros dos nietos más. ¡Cuánto daría por conocerlos!

BERNARDA.— No te des mal, no sufras, la culpa es de ellos.

DOLORES.— Procuro acostumbrarme; pero tengo una amargura dentro del pecho...

Suena la campanilla de la puerta. Dolores mira hacia la entrada. Se asoma la criada.

TOMASA.— Con permiso, señora, tiene visita. Ha venido don Isidoro Fernández. Dice que es el comisionado de Calatayud, que quiere verla.

DOLORES.— Dile que espere un momento, que en cuanto pueda lo recibiré.

Se levanta Bernarda y la sigue Leocadia.

BERNARDA.— No te entretenemos más, nos vamos ya. A ver cuando nos haces una visita, que eres muy cara de ver.

DOLORES.— No lo sé. Qué quieres que te diga. Me trae muy malos recuerdos esa casa. Pero tú, vosotras, venid pronto. Me reconforta mucho vuestra presencia.

Se despiden y se besan.

BERNARDA.— Hasta pronto.

LEOCADIA.— Adiós.

DOLORES.— Hasta que queráis.

Hacen mutis Bernarda y Leocadia. Enseguida entra Isidoro.

ISIDORO.— (*Muy ceremonioso.*) Cuánto me alegro de volver a verte, Dolores.

DOLORES.— Y yo también, pero ahora ya no... (*Quería decir que ya no “trabajaba”, pero no sabe cómo. Añade:)* Hace tiempo que no...

ISIDORO.— (*Comprendiendo su apuro, la interrumpe.*) Si no vengo por eso. No pido nada. Sólo quiero verte, estar un rato contigo, hablar...

DOLORES.— Te recuerdo con afecto.

ISIDORO.— Cuando te vi por primera vez en Calatayud, hace ya un siglo, en la posada, me quedé prendado de ti.

DOLORES.— Sí, ya lo sé y te faltó tiempo para localizarme.

ISIDORO.— Pregunté a unos y a otros y me recorrí de cabo a rabo Madrid hasta dar contigo.

DOLORES.— (*Con desilusión y con desencanto.*) No era difícil encontrar mi paradero.

ISIDORO.— Desde la última vez que nos vimos, han pasado al menos ocho años, porque fue antes de quedarme viudo, y de esto hace ya seis. Aunque nunca me he olvidado de ti. Si hubieras querido, hubiese dejado todo para estar siempre a tu lado.

DOLORES.— Te lo agradezco. Yo también guardo muy buenos recuerdos tuyos; pero mi marido...

ISIDORO.— Ya sé que murió. A Calatayud llegó la noticia.

DOLORES.— ¿Y ahora qué haces, sigues en Calatayud?

ISIDORO.— Hace tres años que me jubilé, y desde entonces vivo en Valdepeñas, con mi hijo, que tiene un negocio de maderas. Ahora he venido a Madrid, acompañando a mi hijo, y, de repente, he sentido deseos de verte. He indagado por ti y me dirigieron a la calle de Jardines, y desde allí, en una panadería en la que pregunté, me han mandado aquí. ¿Qué tal te encuentras?

DOLORES.— Ya ves, regular, sin ilusión, esperando que me llegue el momento.

ISIDORO.— No digas eso, te veo muy guapa. Los años no pasan por ti.

DOLORES.— No lo creas. Es todo fachada, ya no estoy para trotes, y no me encuentro muy bien. ¿Tienes pensado ir por Calatayud?

ISIDORO.— No, ¿por qué?

DOLORES.— Nada, te hubiera dado un recado para mis hijos y para mis nietos.

Se va difuminando la luz hasta quedarse a oscuras la escena.

FIN DEL CUADRO

CUADRO DUODÉCIMO

Mismo decorado que en el cuadro anterior. Salón en la calle Cruz Alta.

DOLORES.— (*Con amistoso reproche.*)— Ha pasado casi un año desde tu última visita.

BERNARDA.— Me han sucedido muchas cosas, y casi todas malas. Teresa, una nueva compañera, ha estado muy enferma. He pasado cinco meses en Cádiz, cuidando a mi única hermana, que murió. Y yo misma he estado muy pachucha.

DOLORES.— Podrías haberme mandado recado, y hubiera ido a verte.

BERNARDA.— Como sé que le tienes manía a la casa, no quise avisarte.

DOLORES.— En este caso hubiese hecho una excepción. ¿Y ahora que tal te encuentras?

BERNARDA.— Estoy muy bien. Pero a lo que vamos. ¿Te has enterado? Una amiga me ha dicho que ponen en el Teatro de la Comedia un drama de un catalán, un tal Codina, que se titula “La Dolores”, y esta Dolores es de Calatayud, como tú. Y cantan una copla. Y me he dicho: ¿tendrá algo que ver con mi amiga Dolores?

DOLORES.— Anteayer estuve viendo la obra. Y me gustó tanto que ayer volví otra vez.

BERNARDA.—(*Con interés.*) ¿Y tiene algo que ver contigo?

DOLORES.— Muchísimo, pero el autor, Felú y Codina, cuenta una historia completamente diferente.

BERNARDA.—¿Cómo es posible esto que dices?

DOLORES.— Muy sencillo. En mi vida hay cosas que no se pueden contar, porque podría denunciarlo por difamación, ¡si sabré yo de juzgados!, pero a lo que veo, le ha interesado la copla, el pueblo de Calatayud; su gente —mis paisanos—; y se ha inventado una bonita historia de amor, de celos y de venganza.

BERNARDA.— ¡Uy, qué interesante! ¿Qué sucede? Cuenta, cuenta.

DOLORES.—Pues que la Dolores vivía en Daroca con su padre, igual que yo, y un barbero llamado Melchor, prometió casarse con ella, y una vez que la hizo suya, la abandonó y se marchó a Calatayud.

BERNARDA.— ¿Y qué hizo esa Dolores?

DOLORES.— ¿Qué quieres que hiciese? Como estaba enamorada, se marchó a Calatayud en su busca, para que reparara la honra que le había quitado; y se puso a servir en la “Posada de San Antón”, que en la obra se llama “Mesón de la Gaspara”. Por su belleza y donaire la requebraban y la requerían de amores, pero la Dolores era honrada y no permitía que nadie se sobrepasase con ella. Mientras tanto continuaba buscando a “su” Melchor.

BERNARDA.— ¿Y lo encontró?

DOLORES.— Sí, y seguía enamorando a todas las mozas que podía. Y a la Dolores le dijo que se olvidara de él y lo dejara en paz. Y como la Dolores seguía insis-

tiendo, le sacó la copla. Y ella le juró que se vengaría de él y le impediría casarse con una rica heredera con la que se había comprometido.

BERNARDA.—¡Vaya carácter el de esa Dolores! Cuenta, cuenta.

DOLORES.—De la Dolores se enamoraron el sargento Rojas y un comerciante ricachón llamado Patricio, y ella les dio pie, buscando al hombre que vengara su afrenta. También se enamoró de la Dolores el sobrino de la dueña del mesón, Lázaro, que estudiaba para cura en el seminario de Tarazona. Y una vez que la Dolores se dio cuenta de que no podía esperar nada de Melchor, juró públicamente que se vengaría de él. Al enterarse Melchor, acudió al mesón con idea de cantarle otra copla; pero la Dolores le hizo callar y lo avergonzó. Entonces se mostró Melchor sumiso y con excusa de hacer las paces le pidió una cita en su cuarto; aunque lo que en realidad deseaba era ganar la apuesta que había hecho con sus amigotes de que rendiría otra vez a la Dolores. Enterados de la apuesta Rojas y Patricio, primero uno y luego el otro, pusieron en antecedentes a la Dolores, quien los citó también en su cuarto, por separado, a la misma hora.

BERNARDA.— ¡Si será canalla Melchor! Pobre Dolores. ¡La que se va a armar!

DOLORES.— No lo sabes tú bien. Después de la lidia de un novillo en honor de la Dolores, costeadada por Patricio, se le declara Lázaro, y también lo cita a su cuarto a la misma hora; pero arrepentida porque sabe que lo lleva a una encerrona, consigue que su tía la Gaspara lo convenza para que se marche inmediatamente al Seminario.

BERNARDA.— ¿Sabes lo que te digo?, que lo antes que pueda iré con alguna compañera a ver esta obra tan bonita.

DOLORES.— Bien, pero, por favor te lo pido, no les digas nada de mí. Y si te preguntan o sospechan algo, les dices que yo no tengo nada que ver, que es casualidad.

BERNARDA.— Descuida, así lo haré. Sigue, sigue.

DOLORES.— Cuando estaba esperando la Dolores en su cuarto a que diesen las diez y acudiera Melchor, se presentó el mismísimo Lázaro, que cuando ya estaba camino del Seminario, a unas cuantas leguas de Calatayud, no pudo resistir la llamada del amor y volvió sobre sus pasos.

BERNARDA.— ¿Y qué sucedió?

DOLORES.— Que se sorprendió mucho la Dolores; pero se llevó una gran alegría, y se dijeron cosas muy tiernas, confesándose mutuamente su amor. Y en estas que se oye fuera, en la plaza, jaleo de ronda y que alguien canta la copla (*Se canta la copla "Si vas a..." fuera del escenario. Dolores se enfurece, se crispa, y continúa su relato con rabia.*), esa copla maldita que tanto daño me hizo... (*Suspira, se repone.*) Lázaro se enfurece, y quiere bajar a la plaza, para hacer callar al cantador. La Dolores lo calma, y lo convence para que se retire a descansar, y al día siguiente comunicarán a todos la buena nueva de su amor.

BERNARDA.— ¿Y se marcha Lázaro?

DOLORES.— Sí, aunque a regañadientes. Pero la Dolores no se queda tranquila, porque espera y teme la

llegada de Melchor. Y Melchor acude, como estaba previsto. La Dolores, entonces, se muestra humilde y dolida, le dice que quiere paz y reposo, lo perdona y le suplica que se vaya. Pero Melchor sigue acosándola. La Dolores se defiende con valentía. Si cayó una vez con engaños, ahora está dispuesta a defender su honra hasta el final. Se levantan la voz, forcejean. Y en estas estaban cuando aparece Lázaro rabioso.

BERNARDA.— ¿Y qué hacen cuando se ven los dos rivales frente a frente?

DOLORES.— ¿Qué van a hacer? Lázaro dice que quiere vengar la afrenta con sangre. Melchor, aunque pendenciero y bravucón, no es cobarde. La Dolores se interpone entre ellos. La apartan, se meten en una habitación y se cierran por dentro. La Dolores grita y pide auxilio. Al poco, se abre la puerta y sale Lázaro muy pálido. Acude la gente del mesón y encuentran a Melchor muerto de una puñalada en el corazón. “—Yo lo he matado, dice la Dolores para salvarlo.” “—¡Mentira, lo maté yo! —grita Lázaro— pregonaba él la maldad, y yo pregonó el escarmiento.” “—Te has perdido, le dice la Dolores.” “—Fue por ti.” La Dolores le pide que huya. “—¡Nunca tal afrenta!, contesta Lázaro:—Aquí estoy. Yo daré cuenta de esta sangre que vertí.”

BERNARDA.— ¡Qué historia tan bonita!

DOLORES.— A mí, me ha emocionado mucho. Me gustaría ser como la Dolores, y que me quisiera un hombre como a ella Lázaro, con un amor tan apasionado, tan puro... Y cuando me acuerdo, se me humedecen los ojos. Además, todo lo que pasa, me trae muchos

recuerdos de mi pueblo, de la posada donde he estado, de mi Calatayud...

BERNARDA.— ¿Y le gustó a la gente?

DOLORES.— ¿Qué si gustó? No paraban de aplaudir. Nunca acababan. Los artistas salieron a saludar un montón de veces. Todos estuvieron muy bien. El que hizo de Lázaro, el que hizo de Melchor. Pero la mejor de todos, fue la que hizo de la Dolores, la María Guerrero. ¡Qué gran artista, madre mía!, para ella fueron los aplausos más fuertes. A mí, me dolían las manos de aplaudir, y los ojos de llorar.

BERNARDA.— Me estás emocionando a mí. Tengo que ver esta obra sin perder un minuto.

DOLORES.— Recuerda lo que te he dicho. Yo no tengo nada que ver.

BERNARDA.— Descuida, que seré como una tumba.

DOLORES.— Pues si supieras que eso no es todo.

BERNARDA.— ¿Hay algo más?

DOLORES.— Tuve una amiga que se llamaba Montse, que se marchó a su tierra, a Barcelona precisamente. Y hace algún tiempo, por lo menos ocho o diez años, me la encontré en Casa Labra, cerca de la Puerta del Sol. Se alegró mucho de verme y me dijo: Me he acordado mucho de ti. Y eso, le pregunté. Han puesto en Barcelona —me dijo— una ópera que se titula como tú. Y aunque no me gusta la ópera, como me llevaron a verla... El autor es un italiano, no recuerdo su nombre, pero, me llamó la atención que la protagonista, Dolores, es una noble dama española, y como tú me has

contado que tu familia tiene el título de Hidalguía, por eso me acordé de ti.

BERNARDA.— ¿Y qué piensas?

DOLORES.— Pues no lo sé, porque como no he visto esta ópera... Pero tengo la mosca tras la oreja, porque (*lo dice con rabia*) la dichosa copla ha dado mucho de sí y se conoce por todos los rincones. A veces pienso que la coplilla esa que corre por ahí, tiene algo que ver conmigo.

BERNARDA.— ¿Cuál?

DOLORES.— ¿Cuál ha de ser? Pues la del sainete “La canción de la Lola”.

BERNARDA.— ¡Ah! (*Cantando.*) La camisa de la Lola/ un chulo se la llevó/: la camisa ha parecido/ pero la Lolita no.

DOLORES.— ¡Calla, calla!, que me pongo de mal humor con esa cantinela.

BERNARDA.— Te vas a hacer famosa, Dolores.

DOLORES.— (*Con desencanto.*) ¡Puf!, vaya un regalo. Famosa. Me gusta ser una persona normal. Vivir con sosiego, con tranquilidad. Que nadie se acuerde de mí, ni del santo de mi nombre. (*Se da cuenta de lo que acaba de decir y rectifica, cambiando de entonación, continuando con pesar en la voz.*) ¡Bueno, tanto como nadie!

BERNARDA.— Estás pensando en tus hijos, en tus nietos.

DOLORES.— ¡Ay, Bernarda!, no puedo evitarlo.

Se ha ido difuminando la luz, hasta quedarse a oscuras la escena.

FIN DEL CUADRO

CUADRO DECIMOTERCERO

Mismo decorado que en el cuadro anterior.

Dolores, mayor, pero lozana, no renqueante y con bastón, se encuentra recostada en el sofá o en un sillón, con las manos sobre su estómago, con síntomas de que no se encuentra bien. Entra Tomasa, la sirvienta.

TOMASA.— ¿No te encuentras bien, Dolores?

DOLORES.— No, Tomasa. Hoy me molesta el estómago más que de costumbre. Parece que dentro llevo un gato rabioso que me corroe las entrañas...

TOMASA.— Deberías acostarte.

DOLORES.— No me vendría mal; pero tengo miedo, porque luego por la noche no pego ojo.

TOMASA.— Pues sí que estamos bien. ¿Quieres que te prepare algo?

DOLORES.— Me vendría bien una infusión de manzanilla bien caliente.

TOMASA.— En seguida la preparo.

Hace mutis Tomasa. Dolores se levanta y se pasea por la habitación, intranquila, accionando y mirando hacia los lados y hacia lo alto, como si mantuviera una conversación con alguien y, al mismo tiempo, consigo misma. Repite las muestras de dolor. Se sienta en actitud meditativa y exclama, expresando su pensamiento en voz alta:

DOLORES.— ¡Cuánto me pesa esta vida tan larga y tan sin sentido! Lo he tenido todo, y ahora me falta lo principal: el cariño de los míos. ¡Cuánto lo añoro y lo necesito! ¿Qué habré hecho mal? ¿Ser egoísta? ¿Olvidarme de ellos? ¿Amar sin medida? Sí, he sido muy ligera y deshonesta, lo sé, he amado en demasía; pero yo no tengo la culpa. He sufrido un continuo acoso del que no he podido o sabido resistirme. Mi naturaleza es débil, y yo he sido una pobre mujer indefensa, dejada a su suerte.

CONCIENCIA.— (*Mientras se oye la voz en off de la CONCIENCIA, se ilumina con un haz de luz blanca en el rincón alto de la derecha.*) Bla, bla, bla... No vengas ahora justificándote. Esas excusas no sirven. ¿Cuántas mujeres habrán estado en tu misma situación, o parecida, o peor, y sin embargo...?

DOLORES.— Pero habrán tenido alguna ayuda. Si hubiese vivido mi madre, seguro que ella me hubiera templado el ánimo y aconsejado. Pero tuvo que morir, abandonándonos. (*Una pausa, se toma un respiro Dolores, suspira.*) Siento alivio al pensar en Calatayud. Oh, ciudad mía, te llevo en el corazón, a pesar de que han sido tan ingratos conmigo. Los primeros recuerdos que tengo son de las fiestas que hubo cuando te hicieron capital de provincia; y luego me veo jugando en “mi” plaza de San Torcuato, junto a la casa de mi madre (*Con dulzura.*) ¡Qué feliz era entonces en esa casa donde nací! No me faltaba de nada. Mi padre era respetado y querido. El cariño de mi madre por encima de todo. ¡Y qué ilusión me hizo marcharme a Daroca con mis hermanos pequeños! (*Presumiendo.*) Mi padre era el alcalde. (*Con dolor y reproche.*) Pero, ¡ay!, qué poco duró mi ventura.

CONCIENCIA.— (*Se proyecta un haz de luz blanca en otro lugar de la parte alta de la derecha.*) Duró tu ventura lo que quisiste que durara. Todo lo tenías a tu favor: Una posición envidiable, el reconocimiento de la gente, una considerable fortuna...

DOLORES.— (*Se levanta desasosegada. Se acerca al balcón y mira a través de los cristales. Prosigue su parlamento:*) Pero con todo, me faltó lo principal ¿Por qué tuvo que morirse mi madre tan joven?, ¿por qué? (*Lamentándose.*) ¿Y si mi padre no se hubiese vuelto a casar y nos hubiera seguido queriendo...? Todos lo pagamos, especialmente tú, Casiano, hermano mío... (*Recobrando Dolores la ilusión.*) Cuando conocí a Esteban en Zaragoza, (*con tono gozoso*) ¡qué ilusión!, comenzó de nuevo la vida para mí: tan guapo, llamaba la atención. Y hacíamos una pareja... No sé por qué tuvo que dejar la Milicia, le sentaba tan bien el uniforme de teniente... Mi padre no lo quería, no congeniaban. Y quiso apartármelo de la cabeza; pero yo estaba enamorada de él como una tonta. (*Como si contara una travesura.*) Nos casamos en Zaragoza, en secreto, ¿qué más da? Y al salir de la iglesia, en la misma plaza de San Miguel, vaya tormenta que nos cogió: con rayos y truenos y un diluvio. Nunca me olvidaré. ¿Sería, acaso, un presagio de lo que se me vino encima?

CONCIENCIA.— (*Se proyecta el haz de luz blanca en otro lugar distinto de la derecha.*) ¿Presagio? Es muy fácil echar la culpa al destino. Nosotros, sólo nosotros somos los forjadores de nuestro porvenir, y debemos ser responsables de nuestros actos, y debemos aceptar las consecuencias.

HISTORIA.— (*Atajando a la Conciencia, cansada de las impertinencias que dice. Mientras se oye su voz en Of., se proyecta un haz de luz azul en la parte alta de la izquierda del escenario. Hasta que termina de hablar la Historia, no se apaga la luz de la Conciencia, que puede parpadear, como si estuviera escuchando.*) ¡Basta ya, Conciencia, deja de martirizar a Dolores, que ya ha sufrido bastante! Bien sabes que se ha visto empujada por un torbellino de pasiones que nace dentro de ella misma, de su propia naturaleza, y que no ha podido salirse del curso que le ha marcado la vida, como ha sucedido con tantas y tantas mujeres que han llegado a lo más alto de la fama por su belleza. Y como ellas, aunque Dolores haya transitado también por caminos poco recomendables, es una mujer extraordinaria, con unos valores y un buen corazón que yo, la Historia, me encargaré de resaltar y colocar en el lugar que les corresponde. Y tú, Dolores, deja ya de cavilar y de darte mal. Si tu madre no hubiese dejado este mundo tan temprano y con tanto por hacer.

DOLORES.— (*Con rabia. No resignándose ni aceptando lo que dice la Conciencia, y sin tener en cuenta la opinión de la Historia.*) Sé, estoy segura de que hubiese sido diferente. (*Se sienta Dolores en el borde del sofá, apoyando la cara en la mano cuyo codo apoya en el brazo del sofá.*) Me faltó su calor, su cariño, su consejo, cuando más lo necesitaba. (*Con nostalgia.*) ¡Ay!, si hubiera vivido mi buena madre. Pero murió y nos dejó una herencia endemoniada y envenenada... Pleitos y más pleitos interminables. (*Con rabia.*) ¡Maldito dinero que todo lo ensucia y lo corrompe! La avaricia y la ambición de mi padre me hicieron aborrecerle. Entre él y mi marido me han amargado la

vida. Únicamente les importaba el dinero. Lo demás no existía para ellos. Yo no contaba nada. Y Esteban sólo pensaba en el juego y en derrochar... Y yo que..., también... Así nos ha ido. Llegué a odiarlo. Pero, en el fondo, lo quería, era el padre de mis hijos. Y sé que él me quería a su manera, y que disculpaba, comprendía, mis devaneos... ¡Ay!, cuánto he sufrido. Qué pena sentía al notar el distanciamiento de los parientes y de las amistades, y al tener que ir malvendiendo las fincas de los abuelos, una a una, poco a poco..., pero lo que más me dolió fue perder la casa donde nací, tan llena de recuerdos queridos... Y el tener que marcharme de Calatayud, y, sobre todo, el comportamiento de la gente... (*Comienzan a sonar diez campanadas.*)

CONCIENCIA.— (*Se proyecta el haz de luz blanca en otro lugar de la derecha diferente a los anteriores.*) No culpes a nadie. Tuya fue la culpa. La vida no es un camino de rosas. A veces, toca sufrir; y hay que luchar contra la incomprensión, contra el egoísmo, contra la avaricia; hay que sobreponerse con amor, con caridad; y tú no has sabido; tu orgullo y tu afán de placeres te han llevado por una senda equivocada, y no se puede tentar a la suerte. Cuando se estira tanto la cuerda...

HISTORIA.— (*Se proyecta el haz de luz azul en la izquierda, mientras sigue activa la luz de la Conciencia.*) No aprenderás, Conciencia. Siempre con reproches. ¿No puedes ser por una vez comprensiva e indulgente? Dolores ha sido libre y ha ejercido, por tanto, el mejor don que puede disfrutar el ser humano. Y ha obrado sin malicia, procurando hacer siempre todo el bien que ha podido. ¿Qué culpa tiene ella si se veía impulsada a obrar

así por algo superior a sus fuerzas? Sólo cabe desearle que el tiempo que le queda de vida lo pase con tranquilidad, a la espera, aunque ella no lo sabe, de la futura recompensa que la Historia le ofrecerá en los años venideros. ¡Fíjate lo que te digo!: Su nombre será famoso y correrá de boca en boca hasta en los confines más apartados del universo. Aunque no puede ni figurárselo, alcanzará el cielo de la fama reservado a las mujeres buenas, cuyo único pecado fue el de amar ¡Ánimo, Dolores, recobra el sosiego y procura disfrutar del tiempo que te queda de vida...! (*Han concluido las campanadas. Se apagan las luces de la Historia y de la Conciencia. Dolores, que ha permanecido expectante y tensa, se relaja y comienza a desgranar su último parlamento. Puede caminar por la escena, accionar y hasta mirarse en algún espejo, que puede estar encima de una mesa o en un mueble de la habitación, antes de decir: "me siento guapa y nadie me da..."*).

DOLORES.— Han pasado muchos años, ¡tantos!, y aunque intento sosegar mi ánimo, no puedo olvidarme de la copla, que me sigue y me persigue, donde quiera que esté, y que me amarga la existencia. (*Con mucha rabia.*) ¡Maldita copla y maldito quien en mala hora la inventó! (*Comienza a oírse cantar la copla. Muy suave al principio e irá "in crescendo". Cuando termine el parlamento Dolores, se cantará el verso: "...Y amiga de hacer favores", mientras cae el telón. Y con el telón ya caído, se oirá fuerte el último verso: "Si vas a Calatayuuuud".*) (*Continúa Dolores, con resignación.*) Si hubiese sabido el daño que me ha hecho... ¡Ay! El tiempo no pasa en balde, y me voy haciendo mayor, muy mayor, (*Con coquetería.*) pero me siento guapa, y nadie me da los setenta y cinco años que tengo. (*Sonriendo con picardía.*) Porque son setenta y cinco, si lo

sabré. Al rellenar el Padrón Municipal me quité años. (*Cambiando de tono y con tremendo dolor, poniéndose las manos sobre el estómago.*) Si no fuera por este dolor... Pero..., (*Colocándose la mano sobre el corazón.*) lo que me duele en el alma es el olvido de mis hijos y de mis nietos. ¿Tanto es lo que tienen que reprocharme? ¿De verdad me merezco este castigo? (*Tras una breve pausa, reaccionando, rebelándose.*) ¡No, no lo merezco! He sido buena, al menos lo he intentado siempre. (*Con rabia, con exigencia, dirigiéndose a Dios, levantando la mirada y los brazos abiertos al cielo.*) Si eres tan poderoso y clemente, tienes que darme la paz, la serenidad que no se niega a nadie, aunque mi vida, a veces... (*Cambiando de actitud, sumisa, acatando la voluntad de Dios.*) Me entiendes, ¿verdad? (*Bajando con lentitud los brazos e inclinando ligeramente hacia el pecho la cabeza.*) ¡Perdóname, Dios mío!

HISTORIA.— (*Desde aquí hasta el final, puede estar grabado*) Y lo que vaticinaba yo, la Historia, se ha cumplido con creces: la “Copla de la Dolores” se conoce en todo el mundo.

Seguidamente, se oye cantar:

“Y amiga de hacer favores...”

Se difuminan las luces del escenario, o se apaga el foco que debe iluminar a Dolores, y mientras comienza a caer muy despacio el TELÓN, que se detiene, esperando los aplausos, se oye:

“Si vas a Calatayud..., pregunta por la Dolores...”

FIN DEL DRAMA

TELÓN